

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenecen exclusivamente a cada autor.
Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores.

e-ditores

Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

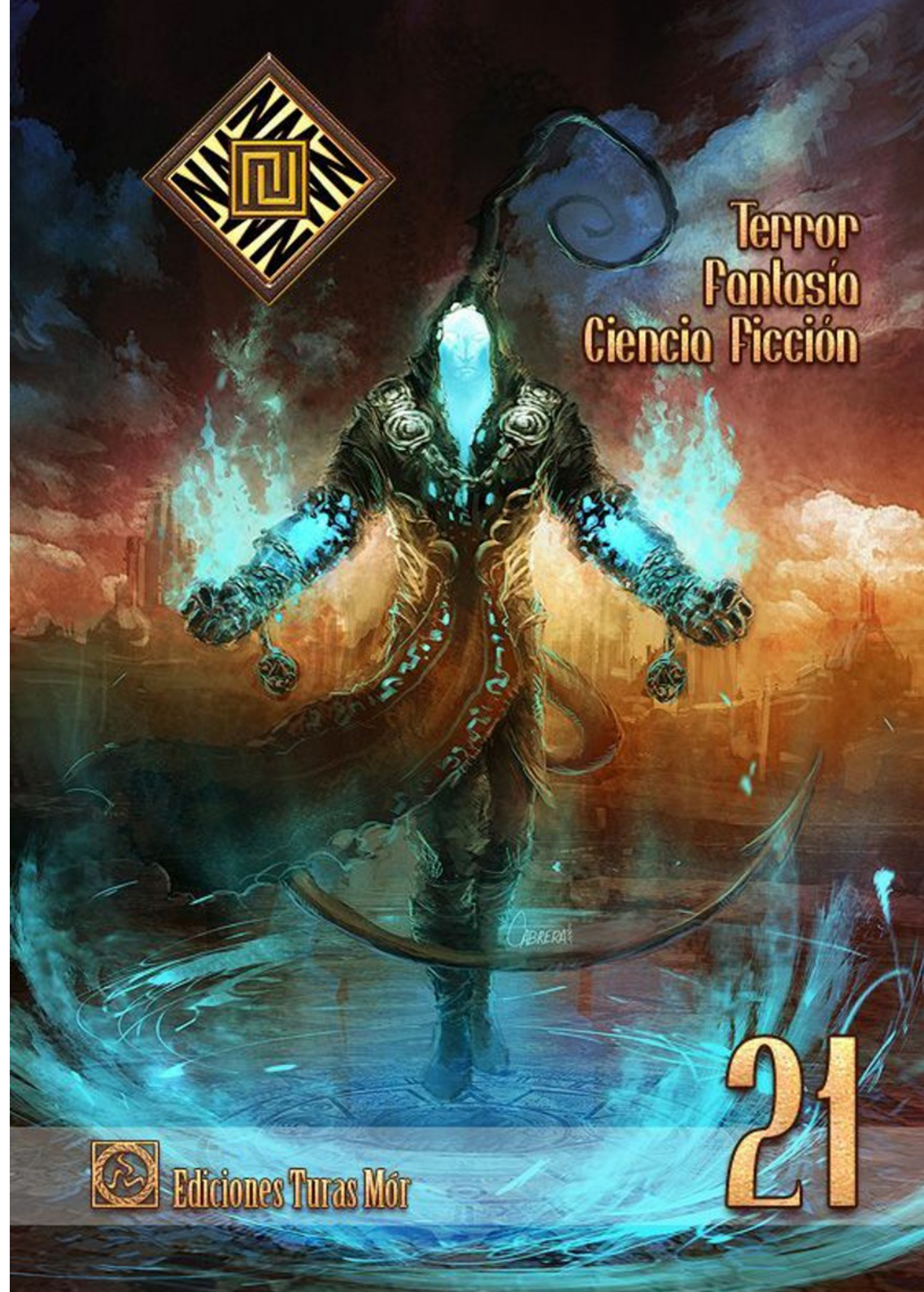
<http://editores.sub.cc/>

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está bajo una licencia
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina, y posteriores,
de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>
o envíe una carta a Creative Commons,
171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.





La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial.....	3
El evento Neandertal (DAMIÁN NERI OSORIO)	5
La sentencia (NANIM REKACZ)	18
El frío (JUAN M. VALITUTTI)	21
La sangre no sueña (RICARDO G. GIORNO)	26
Mar de nubes (VÍCTOR M. VALENZUELA)	33
Cazadores (PATRICIA KIEFFER)	38
El pienso (CÉSAR R. LUCIO PALACIO)	42
El hombre que dijo haber estado en el futuro (GONZALO SANTOS)	46

NM

www.revistanm.com.ar
<https://sites.google.com/site/revistanm>
directormn@revistanm.com.ar / revistanm@gmail.com

Dirección y grafismo:
SANTIAGO OVIEDO

Maquetación y arte de tapa: **BÁRBARA DIN**

Revista de distribución gratuita sin fines de lucro,
 dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan
 la totalidad de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de Ediciones **Turas Mór** para **e-ditores**.

Safe Creative # 1107169691748

Se agradece por haber tomado parte en este número a: PAULA SALMOIRAGHI
 a la gente de "Gaby's" y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada: *Mago oscuro*
 (CARLOS CABRERA —www.artbycarloscabrera.com—)

de días ya me había des acostumbrado. Ahora falta menos de una cuadra. De pronto me detengo. Empiezo a caminar más lentamente. Busco con la mirada la casa del profesor; no la encuentro. Beo un bar, un restorán, un departamento. Donde estaba o está —se supone— la casa del profesor, ahora hay un negocio no sé de qué. Me detengo frente a él y golpeo la puerta. Espero. Nadie contesta. Golpeo otra vez. Lo mismo. Tomo entonces el teléfono —no el mío, sino el que estaba en mi casa— y marco el número del profesor. Espero. Sigo esperando. Ahora se escucha la voz del profesor, pero parece lejana.

—Profesor?

—Sí. Ya estás viniendo? —De fondo se siente un ruido como de tren, que me impide escuchar correctamente—. Estoy esperándote en la puerta.

Buelbo golpear. Espero. Nadie contesta. Decido golpear por última vez. Lo mismo. Entonces guardo mi teléfono en el bolsillo y me voy a mi casa. La nueva versión de Susana me preguntará, seguramente, dónde estube, por qué me fui, por qué tardé tanto. Es una buena chica, Susana. A veces se hace querer. Tal vez me termine acostumbrando a ella. Espero que, como la otra, aprenda a hacer buenos cafés expresos.

© GONZALO SANTOS, 2011.

GONZALO SANTOS

(Argentina —Lanús, Buenos Aires, 1984—)

Profesor de Lengua y Literatura, vive en Avellaneda y tiene a cargo una cátedra de Taller de lectura, escritura y oralidad. Publicó en **Axxón**, en **Aventurama**, en ciberbitácoras como "Breves no tan breves" y "Químicamente impuro", y en la antología *Grageas II*, compilada por SERGIO GAUT VEL HARTMAN. Disfruta con ASIMOV, DICK, el teatro del absurdo, GÓNGORA, BORGES, SAER, PIZARNIK, SARTRE, FOGWILL y MARTÍN KOHAN. Le gusta mucho la filosofía, aunque pretende evitar todo lo que sea posible que eso se refleje en lo que escribe.



PROXIMA
 es una revista trimestral dedicada a la difusión del género fantástico y la ciencia ficción producidos en el mundo hispanohablante.

<http://revistaproxima.blogspot.com/>

Consíglala en:

* CLUB DEL COMIC:
 Montevideo 255, Capital Federal
 (A 1 cuadra de Av. Corrientes)

* ENTELEQUIA Suc. Belgrano
 Juramento 2584
 (a 1 de Av. Cabildo)

* LIBRERIA DE ARTES Y LETRAS
 Avellaneda 306, Caballito, Capital
 (Casi esq Campichuelo)



en 1914 y otra en 1939—; Susana —por lo que beo— pretende estar conmigo hasta el fin de sus días —o de los míos—, y me prohíbe acostarme con otra, y ni siquiera mirar un buen par de piernas en la calle, como si eso le causara algún mal a ella. No me lo explico. Apenas modifiqué algunas palabras, algunas circunstancias... cómo pudo ser posible? Además, hay otra cosa que no me cierra: si la negación del extremismo neoliberal fue el móvil por el que surgió la máquina, ahora, que no hay negación y nunca la hubo, habrá máquina? Aristóteles decía que no hay efecto sin causa —y ése es uno de los pilares de la ciencia de todos los tiempos—: de ser cierto, habrá otro móvil, que tendrá que surgir de un momento para otro. Pero no, no estoy pensando bien: la máquina ya existió, existe y está existiendo en otro mundo que está transcurriendo a la par que éste. Definitivamente, me niego a aceptar que todo lo anterior haya desaparecido.

Son las 19:00 horas y estoy en mi casa, nuebamente. Ya no beo la tesis, no beo mi máquina de café expreso, no beo mis teléfonos. No beo tampoco mis libros, pero beo uno que dice: *Historia premoderna del siglo xx*. Lo abro y le echo un bistazo. Todo es nuevo: las guerras mundiales, el tal Hitler, Mussolini, Franco, Bush, Ceausescu, Stalin. Lo cierto y me acuesto en la cama. Pienso. Si contara lo que en berdad sucedió, nadie me creería. Los hombres —creo haber dicho en otro mundo— no eligen en qué época nacer, y a beces esa contingencia te puede causar incluso la

muerte o la reclusión. Yo no pretendo compararme con nadie, pero si dijera que leí mi propia historia, que después la interpreté y que, incluso, pude modificarla regresando a un pasado lejano por medio de una máquina diseñada por extremistas —así llaman ahora a los socialistas, por cierto—, terminaría recluido inevitablemente en algún hospital para locos, como los llaman ahora. Prefiero ebitarlo.

Ahora me he levantado de mi cama. Necesito un café expreso, pero no hay. Alzo el teléfono —no el mío, sino el que está acá— y marco un número. Espero. Sigo esperando. Estoy a punto de colgar, pero de pronto atiende una boz.

—Profesor Ban der Heyden?

—Sí, quién habla?

—Habla Lisandro Lacobacci.

—Lisandro Lacobacci? ¡Ah, ya sé quién sos! Cómo ba tu tesis? Todavía estás de biaje? Acá te andan buscando... Estábamos asustados ya...

—Bien... Ya bolbí, pero necesito berlo, está usted ahora?

—Oh, sí. Bení cuando quieras. Ya sabés dónde bibo.

Entonces cuelgo el teléfono, me pongo una remera que encuentro sobre la cama y salgo.

Ahora son las 19:52 y estoy en la calle, a dos cuadras de la casa del profesor. Todavía no ha oscurecido, por lo que supongo que estamos atravesando enero. La temperatura —cálculo— será de treinta y cinco o treinta y siete grados centígrados. Hace calor. Nos llebó baríos centenares de años acostumbamos —por decirlo de alguna manera— al calor, y yo en un par

Este número de **NM** no es democrático.

Después de todo, los inventores de la democracia eran iguales sólo entre ellos, filosofaban, participaban en festines, practicaban el sexo al estilo griego y vivían a costa de sus esclavos. Mientras tanto, del otro lado, los bárbaros se sentían iguales, guerreaban, organizaban banquetes, tenían sexo salvaje y sus señores poseían siervos. En cierto modo, unos y otros entendían que —en realidad— no todos somos iguales.

Tanto en uno como en otro caso, sabían que una mitad teme u odia a la otra (acaso ambas cosas a la vez) y desarrollaron modales o costumbres para evitar que la violencia fuera la norma. Los griegos apelaban al ostracismo para protegerse de los enemigos internos —verdaderos o imaginados— de la *polis*; algunos, como SÓCRATES, elegían ante eso el sacrificio para mantener en pie sus convicciones. Entre los hiperbóreos, por su parte, la emboscadura a veces era voluntaria, el único camino que el proscrito tenía a su alcance para conservar su estima como individuo singular, luego de haber quebrantado —de manera real o no— alguna prohibición; así, ERIC el Rojo abandonó Noruega acusado de asesinato y emigró a Islandia, para luego descubrir Groenlandia.

En suma, parecería que lo que permite la trascendencia es el reconocimiento de la existencia de la desigualdad y que ella es lo que evita el estancamiento del ser humano.

Por eso, en las siguientes páginas se puede ver que una alucinación colectiva puede ser una herramienta para manejar la opinión pública y encubrir

los experimentos de algunos, que los planes los de Arriba pueden estar basados en objetivos presumibles en los que no se quiere pensar, que en la guerra no hay otros y que todos son uno, que el mal se puede perpetuar de maneras extrañas, que lo que inventamos puede escapar de nuestros más férreos controles, que la impunidad no es garantía de indemnidad, que lo simple puede ser más efectivo que lo sofisticado y que siempre hay quienes quieren cambiar la historia para modificar el futuro.

Hilando más fino, se puede concluir que todos esos cuentos distintos, en definitiva, son iguales. Eso haría que, en puridad, este número de **NM** resulte democrático y por eso elegimos la filosofía del emboscado.

En última instancia, sabemos que esto no es nada más que ficción. Con sólo dar vuelta la página, con apenas cerrar la revista, podemos volver al mundo real y leer las propuestas para Europa del FMI, enterarnos por Internet de las revueltas en el mundo árabe, vivir una crisis económica global a la que algunos quieren hacer ver —en distintos países— como culpa exclusiva del gobierno local o escuchar los discursos partidarios de los políticos.

S.O.



Los textos de esta publicación fueron editados con LibreOffice 3.3. Las imágenes se trabajaron con XnView 1.97.8 y Gimp 2.6. La revista se armó con Serif PagePlus X5. Los archivos PDF se optimizaron con jPDFBookmarks 2.4.3, PDF-Xchange Viewer 2.0 y jPDFtweak 0.9.5.

Yo le agradecí y después le pregunté la fecha: “15 de junio”, me dijo. Le pedí que me dijera también el año. Pero me distraje unos segundos —había escuchado el rugido del motor de un auto viejo y lo quise ver—, y cuando me di vuelta el hombre había desaparecido.

Seguí caminando. Desde el cielo empezaron a caer algunas gotas. Me apuré. De pronto sentí que algo, más allá de mi voluntad, estaba manejando mi cuerpo, pero no le di importancia. Tenía que dirigirme a las corporaciones mediáticas y entregar las cartas. Sabía que me estaban observando y que, en cualquier momento, ante cualquier paso en falso, podrían aniquilarme desde cientos de años de distancia. Además, quería dejar todo tal cual estaba, como me había recomendado el profesor Van der Heyden —“pase lo que pase, no hagás nada, dejá todo como está”—, aunque él —imagino— se estaba refiriendo a otra cosa. Tendría que repetir la historia de Lisandro —aún decía “Lisandro”, en tercera persona, como si no fuese yo mismo. Naturalmente, en algunos puntos no podía: los hombres habían modificado algunas cosas, ciertos detalles, algunas circunstancias, ciertas palabras, y desobedecerlos conllevaría una muerte segura. Me costó bastante darme cuenta de que eran extremistas neoliberales.

Llegué a Clarín cuando ya casi oscurecía. Le dije al de seguridad que tenía una noticia, que quería hablar con algún reportero. El tipo me dijo que esperase y se fue. Volvió quince minutos después y me dijo que no había nadie, pero que le podía

dejar el recado a él. Le dije que no. Pero tuve suerte porque, cuando ya estaba por atravesar la puerta e irme, entró un señor de traje que me chocó y después me pidió disculpas, intercambiamos algunas palabras y me terminó diciendo que era periodista. Yo le dije: “Soy Lisandro Lacobacci, y tengo que contarle algo, que seguramente le va a interesar.” Él me miró de arriba abajo —ya me estaba acostumbrando a que me mirasen así— y después de dudar un poco me hizo pasar a su despacho.

Por supuesto, no me creyó nada de lo que le conté. No me lo dijo, pero me di cuenta por la cara que ponía. Así debía ser. Antes de irme le dejé las cartas —las había reescrito antes de entrar a Clarín, ya que no pudieron viajar conmigo— y le dije que pronto tendría novedades mías.

Ahora son las 3:32 p.m. del día siguiente, y creo que ya he completado mi tarea. Se supone que de un momento a otro voy a desaparecer. Estoy esperando.

14

Los extremistas pretendían bolber al pasado para redirigir la historia hacia un horizonte boraz, dominado por un capitalismo extremo. Por desgracia, lo lograron. Hubo pocas diferencias entre la historia de Lisandro de mi tesis, y la que me tocó interpretar a mí, pero al parecer bastaron: ahora es ley la propiedad privada de los medios de producción, de comunicación y demás; Carlos Marx es uno de los nombres de Satanás; hay dos guerras mundiales —una

—Tengo que ir al baño —dije y, como no contestaba, a los pocos segundos agregué—: Es en serio.

Entonces me abrió la puerta el tipo petiso y gordo, y me agarró del brazo.

—Dale, caminá —me dijo—. Cómo vas con eso?

—Bien —le respondí, entendiendo que se refería a las cartas—: Ya casi me las sé todas.

El hombre me miró y esbozó una sonrisa que finalmente no llegó a concretarse.

—Está muy bien —dijo, y continuó en voz baja—: Yo sabía que eras el único que entendería y podría hacerlo más rápido.

—Sí? Pensé que no me conocían...

—En realidad —rió el hombre—, necesitábamos alguien que supiera. Nos enteramos de que vos andabas haciendo una tesis y...

—Sí, ya entiendo... Pero hay algo no me termina de cerrar.

—Qué?

—Los móviles... Es decir, para qué todo esto?

El hombre esbozó nuevamente una sonrisa, pero esta vez sí la dejó escapar.

—De eso ya te vas a enterar —me dijo—. Pero todo a su debido tiempo. Ahora andá al baño. Ya falta poco.

13

Lo primero que vi fue un grafiti de la cara del Che Guevara sobre un fondo rojo, y un par de anteojos que alguien le habría pintado después.

Sobre la calle había algunos autos viejos estacionados y había un arce caído —no muy grande— bloqueando el paso de una de las veredas. Me miré a mí mismo: tenía una camisa media extraña, un pantalón ajustado y zapatillas blancas y grandes. Empecé a caminar. Había una avenida a unas cuadras de donde estaba, pero decidí ir por el otro lado, porque había menos gente. Me metí las manos en los bolsillos, pero no había nada: un pañuelo, apenas.

Hacía frío. Unos veinte o veintidós grados, calculé. Frente a mí pasó una pareja, de la mano, y me miraron como si fuera alguien anormal, un *freak*. Ella era rubia y tenía una pollera corta, que dejaba ver gran parte de sus muslos. Él vestía una chomba rayada y un pantalón de *jean*; era flaco, ojoso, y tenía los ojos hundidos. Yo esperé que no me viera y le miré las piernas a la chica. Pensé que si había un poco de viento la pollera se le subiría un poco. Tal vez usara una de esas tangas chiquitas. Ella no me vio, pero me hubiera gustado que me viera.

Cuando estaba por llegar a la esquina —veinte metros antes—, vi que se acercaba hacia mí un hombre con dos bolsas. Esperé que nos cruzáramos y después le hablé.

—Señor, disculpe —le dije—. Me podría decir en dónde estamos?

El hombre me miró de arriba abajo. Seguramente no solían hacerle ese tipo de preguntas. Finalmente, luego de algunos segundos, me respondió:

—Piñeyro, pibe, estamos en Piñeyro.

EL EVENTO NEANDERTAL

DAMIÁN NERI OSORIO

Pohl Oakman se inclinó, sentado en la orilla de la cama, para atarse las agujetas de las botas. Fuera de la pequeña habitación se escucharon un par de voces, que estaban platicando; eran la del guardia y la de alguien más. Luego tocaron.

—¡Pohl! —dijo una voz apagada pero clara, del otro lado de la puerta—. Pohl, ya es hora.

Pohl Oakman se levantó de la cama y tomó una carpeta que estaba sobre ella. La carpeta tenía el símbolo de la Western Space Agency: una corona de laureles encerrando las letras WSA, junto a dos estrellas. Abrió la puerta y del otro lado se encontró con un hombre joven, delgado y bajo, aunque sus ropas le hacían aparentar más edad.

—Larsson te está buscando —dijo el hombre pequeño—. El resto del equipo ya está reunido y no debemos retrasarnos.

Pohl se volvió a la cama, tomó su camisa blanca y se la colocó. También era la camisa de la Agencia. Cerró la puerta tras él y el guardia que resguardaba la habitación los acompañó. Estaban en una zona rodeada de edificios bajos y grandes, de color gris, y a lo lejos se veían los cercos que delimitaban el perímetro de la zona de la Agencia. Sobre el camino arcilloso, hacia donde se dirigían, se levantaba un gran edificio, el más grande de los que se encontraban en las cercanías, de más de quince metros de alto y bastante ancho: el Hangar A. Los guardias del edificio les abrieron las puertas, muy pequeñas en comparación con el resto de la estructura. Su acompañante los abandonó al entrar al lugar. Dentro vieron a decenas de personas reunidas y charlando en un gran grupo. Todos eran científicos que allí tra-

bajaban. Los saludaron al advertir su presencia.

—Hola, señor Van Vliet y señor Oakman —dijo un hombre canoso y de lentes, que sostenía una copa con vino. Los invitó a que se acercaran.

Los dos hombres no pudieron desviar su mirada de lo que estaba al otro lado del hangar; aunque estaban acostumbrados a ver lo mismo día tras días durante los últimos meses, la presencia de ese coloso no dejaba de sorprenderlos: una nave del tamaño del área grande de un campo de fútbol. Era como un ser vivo y casi lo sentían respirar. Las formas de la nave la hacían ver como un gigantesco insecto, con las seis patas apoyadas en el suelo de tierra, enterradas por el enorme peso de la nave. Al costado, la reluciente masa de metal tenía la bandera de la Zona Occidental y el escudo de la Agencia.

Se acercaron al grupo de científicos, la mayoría vestidos con camisas blancas, al igual que ellos.

—¡El gran día ha llegado! —dijo el hombre canoso y de lentes. En la bata que vestía portaba un gafete que dejaba ver su nombre: Linus Larsson, jefe de la Misión Albatros—. ¿Cómo se sienten? ¿De ánimos para lo que sigue?

—Claro que sí —respondió Oakman y le brillaron los ojos, mientras no apartaba su mirada de la nave—. Si ánimos es una palabra que baste para describir lo que siento.

—¡No sea romántico, señor Oakman! —dijo Larsson, riendo.

Daan van Vliet, el acompañante de Pohl, que también era parte de

la tripulación, miraba la nave con recelo.

—Tiene usted un extraño equipo de ingenieros —dijo Daan, pero lo decía medio en broma—. Han diseñado una nave muy curiosa. No me imagino qué mentes harían una cosa como ésta.

Larsson sonrió.

—Y nada se desperdicia —contestó, con un aire orgulloso. Señaló uno de los seis soportes a modo de patas que sostenían la nave—. Y éstos que se meten dentro de la nave y salen cuando la aterrizan... Un punto extra para mis muchachos. ¡Toda una maravilla! —Dio un sorbo al vino.

El resto de los científicos se comenzó a movilizar.

Larsson dio un par de aplausos, dando la orden de que empezaran.

—Bien —dijo a los dos hombres—. Hagamos historia.

Había llegado el resto de la tripulación: ocho hombres y diez mujeres, más Daan, Pohl y el capitán Toffler. Veintiún personas conformaban la tripulación de la primera nave capaz de viajar a las estrellas, más precisamente a Capella, a 42,2 años luz de la Tierra, y orbitando esa estrella amarilla estaba Capella c, un mundo en el que se había encontrado vida y un clima favorable. Ése era el objetivo de la misión: llegar a ese planeta. La humanidad por primera vez veía la posibilidad de expandir su semilla por el cosmos. El nombre con el que habían bautizado a la nave: Albatros.

Los hombres abordaron la nave con forma de insecto. Sus dimensiones

rando una orden, y uno de ellos, a juzgar por su cara, tenía ganas de pegarme. No dije más nada. Esperé. Volví a sentarme, estiré un poco las piernas —los pies repiqueteaban contra el piso involuntariamente— y me crucé de brazos. De pronto me dieron ganas de hacer pis, pero decidí aguantar un poco, esperar. En algún momento tendrían que hablarme, decirme algo. O al menos tendrían que hablar entre ellos. Seguí esperando. No pasaba nada. Uno de los hombres que estaba enfrente de mí tosió y después abrió la boca como para decir algo, pero se contuvo. Finalmente, el de barba y patillas vino hacia a mí con unos papeles.

—Tomá —me dijo, alcanzándome los—. Tenés que leerlos y aprenderlos.

Yo los agarré y les di un vistazo. A la primera frase me detuve.

—Pero esto... —titubeé—. No puede ser...

—No puede ser qué? —El hombre comenzaba a ponerse nervioso—. Lo único que tenés que hacer es aprender todo eso de memoria en... dos horas. Dos horas y media, como máximo. Y te conviene hacerlo rápido. —Su mano alzó la navaja con la que me había apurado en el sendero—. Si no... ya sabés.

—Pero... —Yo no sabía qué decirle—. Ustedes saben quién soy yo, a qué me dedico?

El hombre acercó la navaja a mi garganta y frunció el entrecejo.

—No sé ni me importa saberlo —dijo—. Podrías ser hasta el hijo del presidente: da lo mismo. Seas quien fueras vas a tener que aprender eso para las dos.

Decidí callarme y no empeorar las cosas.

—Está bien —le dije—, para esa hora lo voy a tener aprendido.

Cuando se fueron, me puse a leer. No sabía si estaba despierto o soñando —alguien dijo una vez que la casualidad es onírica y la causalidad, real—, porque lo que tenía frente a mis ojos era, ni más ni menos, que lo que venía teniendo ante mis ojos hacía varios meses: las cartas de Lisandro. Ahí estaban la primera, la segunda, la tercera, los discursos: todo. E incluso había cartas nuevas, de contenido político y de tinte marcadamente capitalista neoliberal. Qué se supone que iba a ocurrir? Querían que me hiciese pasar por Lisandro? Tenía que volver a repetir una historia para que el pasado se conservase pasado, o qué, y para qué? Y si no lo hacía? Qué podía pasar? Esa porción de pasado se borraría de repente? O quedaría igual? O se borrarían incluso más porciones de pasado? Además: qué pasaría con la cara? Si yo era realmente Lisandro, por qué no estaba mi cara en las fotos? Aparecería mi cara de repente? De pronto recordé la frase que el profesor Van der Heyden había encargado que me dijeran: “pase lo que pase, dejá todo como está.” Seguramente no se refería a... esta situación, pero en cualquier caso me vendría bien tenerla en cuenta.

Dejé pasar diez minutos y después me acerqué a la puerta y golpeé.

—Qué pasa? —dijo una voz, hasta el momento desconocida.

En mi zapatilla derecha había entrado una piedrita que me estaba matando. Traté de ignorarla, pero no pude. Me detuve un instante, me senté en el suelo y la saqué. Aproveché para descansar dos minutos, me levanté, volví a tomar agua y de golpe me atraganté y escupí. Un hombre de patillas y barba me había tomado fuertemente del brazo.

—¿Qué pasa? —le grité, tratando de recuperar mi brazo, mientras me preguntaba de dónde pudo haber salido ese hombre.

—Callate porque te hago mierda —El hombre sacó una navaja de su sobretodo y la acercó a mi garganta—. Cerrá la boca y caminá. Cuando lleguemos abajo, te voy a soltar un poco y vos te vas a hacer el perejil, como si no estuviera pasando nada. Y a la primera que te vea en algo raro, te corto la garganta y no contás más el cuento.

—Está bien, tranquilo.

—¿Qué es eso que tenés ahí?

—Esto? —Alcé el brazo y le mostré la agenda electrónica—. Es una agenda —le dije—. Para escribir.

El hombre hizo un gesto de fastidio y me siguió empujando. De ahí en más no dije más nada; me limité a obedecer.

11

Ahora estoy en un cuartito —casi tan básico como la habitación del hotel—, esperando que alguien entre y me diga qué es lo que van a hacer conmigo. Además del hombre que me trajo, en la casa hay cuatro personas más. Quizá haya alguna otra,

pero yo he podido identificar sólo cuatro voces diferentes.

A mi derecha me dejaron una botella de agua y un pan, y eso me hace pensar que tal vez tenga que pasar todavía un buen rato acá adentro. Tendrá algo que ver con lo de Lisandro todo esto? Para qué querría alguien secuestrarme a mí? No tengo plata, mi familia no tiene plata, Susana no tiene plata... Se habrán equivocado de persona?

Me he acercado a la puerta para escuchar, pero se oye muy poco. Alcancé a entender sólo algunas palabras sueltas: japonés, bar, medios de comunicación, policía, y no mucho más que eso. Ahora me he tomado el agua y estoy pensando en golpear la puerta, para que traigan más agua, pero... tal vez sea peor. Mejor esperar. A ver... creo que ya se acercan.

12

Primero entró el hombre que me había llevado hasta ahí, y después entraron tres más. Como nadie decía nada —había dos frente a mí, inmóviles, y otros dos buscando algo en unos cajones sueltos—, les pregunté que qué pensaban hacer conmigo. Nadie respondió. Les dije entonces que no tenía plata, que no sabía dónde estaba mi familia y que, en cualquier caso, ellos tampoco tenían plata, pero evité nombrar a Susana, porque quizá ellos ni sabían de su existencia. Nadie respondía. El tipo de patillas y barba y otro un poco más petiso y gordo seguían hurgando en los cajones; los otros dos no se movían de mi lado, como si estuviesen espe-

eran enormes y las instalaciones eran las necesarias para un viaje de la duración que la misión tendría. El primer nivel estaba ocupado por las maquinarias y los motores, aunque parte de la maquinaria se extendía hasta el tercero; el segundo nivel tenía un teatro, un invernadero en el que había varias clases de plantas y árboles de no más de tres metros de alto, y salas de recreación, ejercicio y aseo; el tercer nivel albergaba la sala de control, la enfermería, la sala de rehabilitación y los dormitorios; estos últimos pequeños espacios, pero suficientemente cómodos.

El Hangar A se fue moviendo lentamente, desplazado por potentes motores eléctricos, hasta dejar a la nave a cielo abierto. Era un hermoso día, azul y sin nubes a la vista.

Carlson Poterba se acomodó en una de las dos sillas de mando y Ricardo dos Santos en la otra. Ellos se encargarían de pilotar la nave. Hombres y mujeres estaban vestidos con los uniformes especiales para la misión, de color naranja, con las insignias de la Agencia.

—Motores B y D en operación —dijo Poterba, mirando el panel de luces intermitentes.

—A y C también listos —respondió Dos Santos—. Esperando cuenta regresiva.

El resto de los tripulantes se sentó en los asientos dispuestos en la sala de mandos. Daan fue el último en ajustarse a su silla. Se abrochó los cinturones. Sentía las vibraciones de la nave debajo de él. Pohl estaba a su lado.

Una voz salió de las bocinas, anunciando la cuenta regresiva para que la nave despegara. De pronto la cuenta llegó a uno. La nave se estremeció y comenzó a moverse, muy lentamente al principio pero de modo ascendente. Estaba despegando verticalmente. Ganaba altura con rapidez. Dos Santos activó la ventana virtual y un gran agujero pareció abrirse encima de los mandos. Era una enorme pantalla que mostraba lo que estaba afuera. Las instalaciones de la Agencia Espacial Occidental, los hangares y las torres se hicieron cada vez más pequeños, hasta ser sólo trazas sobre un fondo rojizo y pardo.

Daan van Vliet soltó un suspiro y se relajó en su silla.

El viaje duró tres años.

La tripulación salió de su último tratamiento de rehabilitación física antes del descenso y se dirigió hacia la sala de mandos. No parecía que hubiesen envejecido nada durante los tres años. Todos se veían renovados y con mayores fuerzas, aunque algunos habían tenido problemas durante el viaje, como uno de los dos ingenieros en robótica, que había tenido un ataque de pánico antes de que pasara el primer año. Le habían diagnosticado esquizofrenia pero estaba bajo medicación. Además de ese episodio no habían tenido mayores problemas. Todas las labores pertinentes a la alimentación y a la salud mental habían salido bien.

Poterba activó todas las pantallas panorámicas de la nave. Las paredes

metálicas se transparentaron y la tripulación admiró, maravillada, la estrella amarilla que resaltaba entre todas las demás. Abarcaba casi medio minuto de arco en el negro cielo estrellado. Las galaxias M31 y M33 estaban a la izquierda del disco brillante. Era una vista fabulosa.

—A esta distancia no se nota que realmente son dos estrellas —dijo Dos Santos.

Jack Millensburg, oficial de la nave, se incorporó y se pegó a una de las pantallas.

—¿Qué clase de vida puede desarrollarse en estas condiciones? —preguntó Millensburg—. Las órbitas deben imponer condiciones realmente extremas. Dudo que un humano pueda adaptarse bien a esos cambios.

El capitán Leon Toffler, hombre alto e imponente, se acomodó su gorro negro con la insignia de la Albatros: un albatros, precisamente, con el largo pico apuntando hacia arriba y las grandes alas extendidas. En el traje relucían sus insignias, que lo hacían ver un hombre muy importante. Se acercó a Millensburg y le susurró algo al oído.

—El planeta orbita una estrella doble —respondió Daan—, y uno esperaría que en el trayecto de la órbita el clima y otros factores varían drásticamente, pero la sonda exploradora no arrojó datos de condiciones extremas. Es un sistema bastante singular.

La nave aún no había desacelerado y avanzaba a una velocidad cercana a la de la luz. Pasaron un par de días y el disco se hacía cada vez mayor. Ya se distinguían clara-

mente los dos discos estelares, que ahora ocupaban medio grado de arco en el firmamento, como la Luna en el cielo terrestre, salvo que eran dos pequeños soles muy brillantes, uno más grande que el otro. La Albatros fue disminuyendo su velocidad. La nave se fue acercando a la más grande de las dos estrellas: Capella A. A una unidad astronómica de ella se desplazaba, en una órbita poco común, Capella c, un planeta de un diámetro como el de la Tierra, según los datos disponibles. Ahora era este planeta el que cada vez se hacía más grande a la vista de los observadores.

—¡Qué azul! —exclamó un miembro de la tripulación.

El capitán Toffler pareció inquietarse. En sus manos sostenía una computadora plegable y analizaba algunos datos de la sonda que hacía un siglo había descendido en el planeta.

El disco planetario adquirió nitidez y dejó ver unos pocos detalles. Un escalofrío recorrió la espalda de todos los que observaban. Samuel Bergsen, el ingeniero en robótica que había tenido la crisis de pánico, hacía ya cerca de dos años, rompió en un llanto desesperado. Nadie habló en los siguientes minutos. Luego, el oficial Millensburg quebró el silencio.

—Éeeesa esss... Áfff...frica.

El continente africano se destacaba claramente en el oscuro océano. Arriba de él había una parte blanca, muy blanca, brillante ante los reflejos de sus dos estrellas: una cubierta de nieve que abarcaba gran parte

que sí, que agarrara mi desayuno y lo llevara. El hotel está prácticamente vacío.

Acomodé la taza y las medialunas en la mesita de luz de cemento y me puse a pensar.

Ya son las 08:40 a.m. y todavía no he pensado nada.

10

El Fitz Roy —como bautizamos lo que ya estaba bautizado como “Chaltén”— semeja una catedral natural que pareciera esconder algún secreto bíblico. Uno se pone un poco más poeta cuando lo ve. Yo había ido hasta la entrada del pueblo, donde comienza un sendero llamado “Loma del pliegue tumbado”, por el que empecé a caminar, y desde ahí había una gran vista. Por supuesto, en ese lugar no esperaba divisar a ningún Lisandro, pero quizá me ayudara a pensar un poco mejor. La montaña que humea, el frío, la soledad: ahí se conjugaban las tres cosas, como en ninguna otra parte; y se agregaba, incluso, una sensación de inmensidad que las potenciaba. Hacia arriba, las nubes estaban escalonadas y, tras ellas, el cielo era gris y espeso.

Cuando llegué al primer mirador, me detuve, dejé el bolsito que había llevado en un costado y me senté en el suelo. Había caminado bastante —tampoco estaba acostumbrado a caminar— y estaba cansado. Pensé. Traté de recordar las cartas; intenté recordar los discursos y hurgar mi teoría en busca de alguna posible falla, o de alguna variable que aún no había contemplado. Fue inútil.

En ese lugar no se podía pensar —al menos no de la misma forma en que se lo hacía en Buenos Aires. Aunque... de algún modo sentía que algo no estaba bien: quizá había fallado en algo. Quién sabía. Quizá todo no era más que la fantasía intelectual de un historiador que pretende ser protagonista de una historia. En realidad, tendría que pasar un rato bastante largo para que me diera cuenta de que esa sensación angustiante no significaba que algo estuviera mal, sino que algo iba a estar mal, y que no era una sensación angustiante sino un presentimiento.

Habría pasado una hora, o dos, cuando decidí levantarme. Los músculos se me habían enfriado y ahora me sentía más cansado que antes y tenía más frío. Todavía el sendero continuaba —quizá habría otros miradores más adelante—, pero la idea de continuar ni siquiera se me cruzó. Agarré el bolsito, saqué el agua, tomé un poco, y después empecé a caminar hacia el pueblo. Hacía adelante no se veía nadie. Ahora que lo pienso, la única persona que vi durante toda la caminata de ida fue un mochilero, que habrá seguido por el sendero, porque después no lo vi más.

Empezaba a oscurecer. El cielo ahora estaba nublado completamente, y ennegrecido. Apuré el paso. Por lo menos cuando oscureciera tenía que estar en el pueblo. De pronto me di cuenta de que tenía paspada la entrepierna, pero no me detuve. Sentía frío y, al mismo tiempo, estaba transpirado. Ya podía vislumbrar nítidamente la entrada al pueblo. Tenía que seguir.

menos por lo de la máquina del tiempo —los descubrimientos científicos, sean cuales fueren, cada vez sorprenden menos— que por lo del bar, el lugar y la canción de Dire Straits, prácticamente inconseguible en la actualidad.

—Siempre está así de tranquilo? —dije, sólo porque tenía ganas de hablar.

El barman me miró fugazmente; lo noté con cierta desconfianza.

—No, algunas veces no —dijo, y miró alrededor suyo, como temiendo que alguien lo estuviese espiando; después continuó en voz baja—: Lo que ocurre es que últimamente están pasando cosas un poco raras acá.

—Raras?

—Sí. Nada demasiado grave, pero... acá nunca suele suceder nada y por eso... cuando pasa algo, por más mínimo que sea, suena como algo espectacular.

—Y que pasó en este caso?

—Hubo varios accidentes... que no parecen accidentes. Y además la semana pasada intentaron secuestrar a una mujer. No pudieron porque ella es epiléptica y justo cuando la iban a agarrar cayó al suelo, empezó a revolcarse y ellos se habrán asustado. Pero lo intentaron...

—Hay algún sospechoso?

—No, pero se dice que... —El barman se calló de pronto, y nuevamente me miró como si le inspirara cierta desconfianza—. Bueno, no importa —rió—: son habladorías...

—Pero, decime; me interesa.

—No, no importa. Así está bien...

Entendí que, por más que le insistiera, no iba a hablar, así que le pagué

el *whiskey* con hielo y salí. Afuera hacía más frío que antes —o quizá era que yo venía de un ambiente extremadamente cálido?—, y ahora también nevaba un poco. Veinte metros a mi derecha había un taxi. Era el único auto que había en todo el centro, y la persona que estaba adentro debía ser la única, también, en todo el centro, además de mí. Tuve la sensación de que, por algún motivo, me estaba esperando. Pero..., hacía demasiado frío y decidí tomarlo. Me cobró casi tres dólares.

Cuando llegué al hotel y entré a la habitación, me quité la ropa e intenté comunicarme nuevamente con el profesor Van der Heyden, pero me atendió otra vez esa chica con voz adolescente y me dijo que aún no había regresado. Yo pensé que si hubiese aceptado la videoconferencia ahora me estaría viendo el torso desnudo. Casi tuve una erección. Le pregunté si sabía cuándo volvería y ella dijo que no, pero de pronto hizo silencio, como si hubiera recordado algo. “Vos sos el de la tesis de Lisandro?”, me dijo. “Sí, soy ése”, le dije yo. “Bueno”, dijo ella, “el profesor me encomendó que te dijera algo. Me dijo que te pidiera que, pase lo que pase, no hagás nada, que dejés todo como está. Así me dijo.”

9

Ahora son las 07:00 a.m. Me levanté temprano para no seguir desperdiciando tiempo. Hace unos minutos le pedí al hombre de recepción si podía llevarme la taza de café expreso con medialunas a la habitación y me dijo

de lo que debería ser Europa. Asia también se veía claramente.

Pohl Oakman, desconcertado, volteó para ver las dos estrellas, y allí seguían.

—No puede ser la Tierra —dijo—. Nuestra Tierra, quiero decir.

—Es exactamente igual —dijo Dos Santos, que se había levantado de su silla, dejando que Poterba se encargara de los controles de la nave—. ¿Cómo es posible que otra Tierra...? —Se interrumpió, pues no podía articular más palabras. Sus labios temblaban.

—Señor —dijo el oficial Millensburg al capitán—. ¿Qué procede ahora? No podemos descender.

Leon Toffler no respondió y permaneció mirando al planeta. El asombro y el terror parecía invadirlo, como a casi todo el resto de la tripulación.

—¿Cuál es la probabilidad de encontrar un planeta idéntico a la Tierra? —preguntó Tada Wang, uno de los dos médicos.

—Buena pregunta —respondió el capitán—. Y la respuesta es, en un universo infinito, de un 100%, pero me temo que el universo es finito, así que es virtualmente imposible.

—¿Regresaremos entonces? —preguntó Millensburg, a quien le temblaban un poco las manos.

—No —dijo el capitán—. El viaje ha llegado casi a su conclusión, y hemos estado viajando en el espacio por más de tres años. Las cosas improbables también son posibles. Este planeta no puede ser la Tierra, así que descenderemos en él. Queríamos un planeta con buenas condiciones

para la vida humana y lo hemos encontrado.

Los pilotos regresaron a sus asientos y ejecutaron la maniobra de aterrizaje. Ingresaron a la parte superior de la atmósfera y el casco de la nave golpeó el aire enrarecido, pero el metal no se calentó demasiado. La nave insecto fue bajando, acercándose cada vez más a la superficie del planeta, en la parte que debería ser el continente europeo.

—Pohl —dijo Daan, que miraba cómo las nubes pasaban rozando la nave—, ¿qué piensas de la posibilidad de haber viajado en el tiempo? ¿Qué tal si ésta es la Tierra de alguna otra época, pasada o futura?

—No tiene sentido —respondió—, nuestro planeta nunca ha orbitado ni orbitará dos estrellas.

—¿Entonces qué crees que sea? ¿Por qué Capella c se parece tanto a la Tierra? La sonda no había mostrado eso.

—La sonda dejó de transmitir y reanudó su transmisión una vez que llegó a la superficie. No sabemos si...

Se escuchó un ruido fuerte y la nave vibró y resonó.

—¿Qué fue eso? —preguntó Daan, mirando de un lugar a otro.

Poterba y Dos Santos vieron que aparecían luces rojas intermitentes en los paneles.

—¡Un motor ha estallado! ¡Rayos! —respondió Poterba, haciendo algunos ajustes en los controles—. No es nada grave; por ahora ha sido compensado con los otros motores, pero tendremos que repararlo cuando estemos en tierra.

Daan, que se había levantado de su asiento, volvió a él e intentó calmarse.

La Albatros siguió su descenso. La capa de hielo que cubría Europa, pues eso era —al menos en su equivalente terrestre—, se fue haciendo cada vez más grande. Se dirigían a una zona que correspondería a Alemania, donde había menos hielo que en otras partes. Las islas británicas estaban todas cubiertas bajo la nieve y el hielo, y todo era hielo hasta más al norte, hasta Islandia y Escandinavia.

La nave llegó casi a nivel del suelo, a unos cincuenta metros sobre la superficie y allí se detuvo. Daan le había sugerido al capitán Toffler la posibilidad de que hubiesen viajado al pasado. Aun contra toda posibilidad realista, el capitán consideró la sugerencia seriamente. Después de todo, ese planeta era igual a la Tierra, así que cualquier cosa, por más improbable que pareciera, era tomada en cuenta.

—¿La nave tocará tierra? —preguntó Oakman.

—¿No escuchó a su colega? —respondió el capitán, refiriéndose al joven físico Daan van Vliet—. No nos arriesgaremos a interactuar con este medio; tan sólo nos limitaremos a recoger datos y nadie saldrá de la nave. Pero no podemos mantener permanentemente la nave a flote, así que estamos forzados a aterrizar.

De los costados de la nave salieron seis patas como las de un insecto; eran increíblemente resistentes pues, a pesar de su pequeña

sección transversal, soportaban el gigantesco peso del aparato. El insecto se posó en la superficie. Las patas se enterraron en el suelo, aplastando algunas hierbas.

Daan contempló el descenso con horror, pues —si estaban realmente en el pasado— esas hierbas muertas podrían desencadenar grandes cambios en una época posterior. Recordó el cuento de Ray Bradbury, *El ruido de un trueno*, donde simplemente con matar a una mariposa de finales del Jurásico se generaron enormes cambios. Intentó consolarse con la evidencia que tenían: que se trataba de un planeta que orbitaba a dos estrellas, y que no podía tratarse de la Tierra.

De la parte superior de la nave salió un gran número de detectores y medidores. Estaban registrando las concentraciones de gases, la temperatura, la humedad del aire...

Tada Wang estaba comparando algunos datos registrados, en una computadora plegable. Las coincidencias lo horrorizaban. Las concentraciones de CO₂ y metano daban datos sorprendentes. Wang las comparó con los datos prehistóricos y vio que coincidían con los del Würm II, en el Paleolítico Superior: unos 32.000 años antes de la Era Moderna.

Otros dos científicos analizaron los demás datos, y todos señalaban lo mismo.

Se convocó a una reunión en el teatro, en el segundo nivel de la nave. El capitán habló sobre la información que tenían disponible. Estaba en el

a ponerse más hostil. El hotel debía ser realmente barato, porque en la puerta colgaba y cuelga un cartelito de madera de pino que decía y dice “alojamiento” en letra manuscrita, y en el *hall* de entrada, o lo que fuera o sea, apenas cabían y caben tres o cuatro personas. Pero para mí estaba y está bien; no buscaba o busco lujos.

Una vez dentro de la habitación —pequeña y básica—, pensé cómo iba a hacer para encontrar a Lisandro. El pueblo no era muy grande: eso me ayudaría en mucho, pero tenía que organizarme. Por dónde empezar? Iría de casa en casa, llevando la foto para ver quién lo reconoce? Preguntaría en la policía, en los hospitales? Una semana es poco tiempo para cualquier cosa, pensé.

Aunque ya era de noche, decidí salir a tomar algo en algún bar. Si estuviera a principios del siglo xxii —pensé mientras salía del hotel— a esta hora de la noche encontraría todo cerrado, si es que ya existía algún bar en esa época porque, si no recuerdo mal, en ese tiempo aún no había un centro comercial, o al menos tal como los conocemos hoy en día. Afuera hacía frío y había mucho viento. Por primera vez en mi vida supe lo que era usar guantes y gorro de lana. Me los había regalado Susana para un cumpleaños; me había dicho que algún día podía utilizarlos y que nunca se sabe. Qué estaría haciendo ella ahora?

El centro comercial estaba a siete u ocho cuerdas del hotel —y ésa es, por cierto, otra de las razones por las que es barato—; pero a mí me

parecieron quince o veinte, por no estar habituado al frío. Cuando llegué entré en el primer local que vi abierto, y por suerte era un bar. Me senté junto a la barra y pedí un *whiskey* con hielo. Había poca gente: el barman, una mujer ya entrada en años en una de las mesas, y yo. Pasaban canciones del siglo xx, lo que —puede darme cuenta— no era para nada casual: el bar mismo estaba ambientado como un bar del siglo xx. Incluso, en las paredes colgaban algunos cuadros de Maradona, de Gardel, de Fangio, de Messi, de Perón, de Alfonsín. A mi gusto faltaba Ginóbili.

—Tendrán alguna de Dire Straits? —le pregunté al barman, por decir algo.

Él me miró con sorpresa, como si no estuviese acostumbrado a que le hablen, y esperó varios segundos antes de responder.

—Hace un rato pasamos una —dijo, mirándome de costado—. Tenemos algunas de Mark Knopfler como solista, también.

—Oh, demasiado para mí. Me conformo con un clásico.

Entonces el barman escribió algo en un papel y después fue hasta el aparato de dónde salía la música —no sé qué era; debía ser algo muy antiguo, quizá un minicomponente. A los dos minutos comenzó a sonar el sonido *folk* de los primeros acordes de *Sultans of swing*. Yo pensé: si algunos meses atrás alguien me hubiese dicho que ahora estaría en un bar patagónico escuchando *Sultans of swing* y buscando a un tipo que ha viajado en el tiempo, por supuesto no le habría creído. Y lo digo

Por la mañana me había sentado a continuar la tesis y había avanzado bastante. Ya tenía veinticinco páginas, y tenía en mente otras veinticinco. El único problema era que... no podía dejar las cosas así. Después de tanto tiempo, tanto trabajo, había descubierto por fin el paradero —posible paradero, por ahora— de Lisandro, y no iba a hacer nada por corroborarlo? No haría nada por conocer más profundamente aquello de lo que estaba escribiendo? La idea de viajar a Santa Cruz se hacía cada vez más nítida. Sería sólo por algunos días —una semana, a lo sumo— y podría usar el dinero de la beca por la tesis —después de todo, el viaje sería precisamente para ella.

Tomé el teléfono y marqué el número del profesor Van der Heyden. Quería ponerlo al tanto de las últimas cosas que había analizado y comentarle sobre el viaje. Esperé algunos segundos y finalmente me atendió una chica, de voz adolescente.

—Sí, quién habla? —dijo, sin dejarse ver por la pantalla de teleconferencia.

—Un alumno del profesor, está él?

—No, no está.

—A qué hora puedo encontrarlo?

—No sé... —La voz de la chica sonaba dubitativa—. Creo que... el profesor está de viaje ahora. Llame de nuevo la semana que viene; quizá tenga suerte.

Cuando corté, fui hasta el dormitorio y saqué el sobre en el que guardaba la plata de la beca. Conté. Había cinco mil pesos fuertes. Calculé que me alcanzaría para una semana y media, o dos. Después junté un poco

de ropa en una valija y me vine hasta el Jorge Newbery, donde en pocos minutos saldrá el vuelo que conseguí.

8

Llegué al aeropuerto de Calafate a las 07:00 a.m. El vuelo fue tranquilo, sin ninguna turbulencia, a pesar del mal tiempo. Retiré mi equipaje y salí a buscar un taxi. Hacía bastante frío: diez o quince grados, quizá. Me acerqué hasta un aerotaxi desocupado y pregunté. Hasta el Chaltén me cobraban ciento veinte dólares —mil pesos fuertes—; le dije que no. Seguí buscando. A mí derecha se veían taxis terrestres, esperando a la sombra de varios alerces. Fui hasta ahí; pregunté de nuevo. Treinta dólares, me dijo uno. Acepté y pusimos el equipaje en el baúl. Le pregunté cuánto íbamos a tardar y me dijo una hora y media, aproximadamente. Pero al final tardamos una hora y cuarto. La ruta estaba vacía —quizá por la época del año— y se podía ir un poco más rápido.

Al entrar al pueblo, el taxista me preguntó dónde tenía que dejarme y le dije que me dejase cerca de algún hotel no muy caro. En la calle no había nadie. A mi derecha vislumbré por primera vez la cúspide del Chaltén y entendí por qué los tehuelches lo llamaban “la montaña que humea.” Bajé el vidrio para sentir el frío de los glaciares —el frío era y es para mí algo nuevo, podría decirse—, pero lo tuve que cerrar enseguida porque no lo soporté.

Cuando llegué al hotel empezaba ya a oscurecer y el viento empezaba

estrado y la tripulación escuchaba debajo.

—¿De verdad es posible que estemos en el pasado de la Tierra? —preguntó el médico.

—Los datos arrojan esas evidencias, pero no necesariamente. Tan sólo significa que las condiciones climáticas de este lugar son como las de la Tierra del pasado —respondió Toffler—. Ni siquiera el doctor Oakman, que es astrofísico, puede responderle esa pregunta. —Miró a Pohl e hizo una pausa—. No interactuaremos con este ambiente más de lo que ya lo hemos hecho, pues no podemos saber, si realmente estamos en el pasado, los cambios que esto podría ocasionar. Pero hay inconsistencias con la hipótesis del viaje al pasado, pues dentro de ella no entra la presencia de dos estrellas en vez de nuestro Sol.

Toffler contó a los tripulantes presentes, y sólo vio diecinueve. Le hizo una seña al oficial Millensburg, que se acercó al estrado. Toffler se inclinó.

—¿Dónde está el doctor Bergsen?

Samuel Bergsen corrió hacia la sala de controles. La cabeza le daba vueltas e intentó recordar cuál era el comando para abrir las puertas. ¡41P108311! Tedeó temblorosamente e introdujo la orden en la computadora central. Se escuchó un siseo de algo lejano. La puerta se había abierto. Una alarma sonó y Bergsen corrió hacia ella por el pasillo. Jack Millensburg lo persiguió pero fue recibido por un golpe en el rostro, que lo derribó. Bergsen se había detenido

un segundo sobre la salida, para sorprenderlo, y luego escapó corriendo. Millensburg se incorporó y llegó al borde de la puerta. Respiró el fresco aire, pero no era tiempo para eso. Vio que Bergsen se alejaba de la nave y que se dirigía hacia un lugar densamente poblado de árboles. Sacó su pistola y apuntó. Un haz salió del arma y derribó a Samuel. El resto de la tripulación llegó corriendo.

—Hay que ir por él —dijo Millensburg, dando fuertes bocanadas mientras de su nariz brotaba sangre.

—No podemos salir, así que manden un robot para que lo traiga de vuelta —ordenó el capitán Toffler—. ¿No lo has matado, verdad, Jack?

—No —Millensburg guardó la pistola en su cinturón—, sólo lo he aturdido.

Daan, que era más bajo que el resto, se asomó con dificultad para ver lo que había pasado. Vio al hombre tendido a unos quince metros afuera de la nave.

Takeshi Genda, segundo ingeniero en robótica, preparó el robot que iría al exterior y traería a Samuel Bergsen. Era de tipo flotante y de gran tamaño; tenía la capacidad para cargar hasta doscientos kilogramos. El aparato se elevó y voló hasta donde se encontraba tendido Samuel. Giró sobre su eje y desplegó unos largos y gruesos brazos, cinco en total. Tomó a Samuel por los costados, cuello y piernas con delicadeza y lo levantó del suelo. Fue avanzando lentamente hasta la nave. Pero algo golpeó al robot y sacó chispas. El artefacto siguió avanzando sin interrupción, con la parsimonia del principio.

—¡Una flecha! —dijo alguien.
Una lanza rebotó contra el metal del robot, sin causarle daño alguno.

De entre los árboles apareció una figura algo baja pero ancha. Parecía una persona deforme e iba vestida con pieles de animales. El extraño hombre se acercó corriendo al robot y lo golpeó repetidamente, intentando quitarle a quien llevaba cargado, jaloneando las ropas de Bergsen e inspeccionándolo. Parecía moverlo más su curiosidad que una posible furia.

Los que estaban dentro de la nave se alarmaron. Era una escena extraña. El hombre vestido de pieles se percató de la presencia de los tripulantes y abandonó su intento de sacar al hombre de los cinco brazos del robot. Los miró con interés y se detuvo, plantado firmemente en el suelo. El robot llegó hasta la nave y dejó a Samuel en el piso. Tardaron en reaccionar sobre lo que estaba pasando.

—¡Pero si es un hombre de Neandertal! —dijo Tada Wang, emocionado pero al mismo tiempo conmovido.

—Eso significa que realmente estamos en la Tierra —dijo alguien.

—No sólo eso —respondió Van Vliet, con voz lenta ahogada—. Estamos en el pasado, y lo hemos alterado con nuestra presencia.

Dos Santos tecleó algo en una pantalla a un lado de la puerta y ésta se cerró siseando.

Bergsen había sido trasladado a la sala de rehabilitación mental, donde

estaba recibiendo unas fuertes dosis de medicamentos.

—¿Aún sigue allí? —preguntó Tada Wang, que buscaba hacia afuera viendo desde las pantallas panorámicas de la sala de mandos.

—Está justo detrás de la nave —respondió Poterba, el piloto, que miraba el radar biológico.

—¡Esto es una pesadilla! —dijo Genda, que estaba detrás de Wang, llevándose las manos al rostro—. Es decir, siempre quise ver a un hombre de hace treinta milenios, pero no de esta forma.

Se tomaron decisiones: se pondría una burbuja de camuflaje alrededor de la nave, mientras reparaban el motor dañado. Se enviaron robots al exterior para que instalaran la burbuja. Los robots propulsados la desplegaron y extendieron y la nave quedó oculta e invisible. Se temía que pudiese haber sido vista por las posibles poblaciones humanas cercanas, además del ya conocido visitante inesperado.

En el transcurso de algunas horas llegaron más neandertales, que revisaban la zona y palpaban la burbuja de camuflaje. Los tripulantes los veían con gran curiosidad. Luego llegaron más y trataron de romper la burbuja con sus armas rudimentarias, pero no lo lograron. Un par de horas más tarde todos se habían marchado.

—No hay duda —dijo el capitán Toffler—, estamos en la Tierra, en una época pasada.

—¡Pero no puede ser así! —dijo Oakman— ¿Cómo explicarían los dos soles? ¡No es la Tierra, es Capella c, y orbita un sistema doble!

Aires. Pensé que encontrar esa provincia me llevaría, seguramente, al último lugar donde estuvo antes de partir, ya que también “fue lo último que quise *ber*.” Pero... ¿Cuál sería esa provincia?

Tomé el último sorbo que me quedaba de café y esperé a que Susana saliera del baño y viniera a agradecerme por el café que le había dejado en la mesita, para pedirle otro. Mientras tanto, me puse a pensar. La clave, seguramente, estaba en “montaña humeante.” Se estaría refiriendo a algún volcán activo? Si era así, la mayor parte de ellos se encuentra en las provincias del Norte, o de Cuyo. Pero ahí no tendría sentido el “frío” que se menciona en el relato. Sí la “soledad”, pero no el “frío.” La única región que aglutina a esos dos sustantivos podría ser la patagónica, pero... ¿qué volcanes activos hay en ella? Seguí pensando.

Busqué en la máquina los posibles volcanes activos de la Patagonia. La lista que arrojó no fue muy extensa. El primero que apareció fue el Chaitén, pero recordé que pertenece al lado chileno. No obstante lo asocié con nuestro Chaltén, en Santa Cruz, y de pronto supe que había resuelto el misterio: Chaltén, en lengua tehuelche —recordé—, significa, justamente, “montaña que humea.” Me lo había dicho un guía cuando estuve de vacaciones cerca de ahí —no tan cerca, en realidad—, hace algunos años. Y ahora casi sin quererlo, casi por error, había dado con la respuesta: Lisandro Lacobacci —o sea cual fuera su nombre— ha vivido, estará viviendo o vivirá en esta época, en algún lugar

cercano al Chaltén, en la provincia patagónica de Santa Cruz —si es que, por supuesto, todo esto es cierto, como parece.

Tomé la taza vacía de café y fui a buscar a Susana, para darle un abrazo. En el baño aún seguía corriendo el agua y el café que yo le había preparado todavía seguía en la mesita. Golpeé. Nadie respondió. Golpeé de nuevo. Lo mismo. Entonces abrí la puerta y... nada, nadie. No había nadie y alguien, quizá yo, había olvidado la canilla abierta. Entré al baño y la cerré. Después me preparé otro café y volví a la máquina a empezar a escribir la tesis.

7

Afuera hacía 28°C: un alivio. Después de tantos días de calor, volvía a refrescar. En la época que estaba estudiando —primeras décadas del siglo XXII— era diferente. Aún se usaban camperas, buzos, pulóveres. Se hablaba del efecto invernadero, pero nadie le daba importancia. El capitalismo socialista estaba amaneciendo, pero todo el mundo estaba obnubilado por los nuevos descubrimientos científicos y tecnológicos: la máquina del pensamiento, la pastilla de la longevidad, los nuevos vehículos aéreos. Había demasiadas cosas en que ocuparse y pocas —tomando la dicotomía heideggeriana— en que preocuparse. Ahora que lo pienso, no es raro que en ese tipo de sociedad, en la que cada vez más cosas eran posibles por el ego, la monogamia fuera la relación contractual más empleada —la única legal, por otra parte.

La noche luego del encuentro con el profesor —ayer— hice el amor con Susana tres veces: dos en la cocina, de parado, y una en la cama. Nosotros siempre lo hacemos una vez: uno largo y bueno, como se dice; pero en esta ocasión la energía libidinal era demasiada como para descargarla de una sola vez. Estuvimos casi tres horas, prácticamente sin parar, como si nos estuviésemos despidiendo en secreto, no sólo uno del otro, sino incluso de la vida misma. Si alguien nos hubiese visto habría tenido el mismo pensamiento.

Hoy a la mañana amanecí con los músculos entumecidos, como si hubiera ido al gimnasio y hubiese hecho una rutina intensiva. Me costó un rato bastante largo levantarme de la cama. Susana ya no estaba a mi lado. Supuse que se había ido y que lo que el día anterior me había parecido una despedida efectivamente lo era. Pero no. Ella simplemente estaba en el baño. Lo supe porque sentí correr el agua de la canilla. Le iba a gritar que me preparase un café expreso bien cargado, pero decidí no molestarla y hacerlo yo mismo. Al final hice dos: uno para ella. Se lo dejé en la mesita que está en el pasillo junto al baño y me fui a la máquina. La encendí.

Empecé a leer los matutinos más relevantes del mundo. Todos hablaban de lo mismo: la máquina del tiempo. Había innumerables columnas de opinión de científicos, pero la nota más relevante era, sin duda, aquella que tenía como protagonista a Fuyumi

Hoshitaru: uno de los científicos que habría estado trabajando en la máquina del tiempo, junto a aquel que ahora está secuestrado, y que próximamente daría una conferencia sobre el descubrimiento.

Leí la nota varias veces y después volví a leer las cartas de Lisandro. Me detuve en un pasaje —el único, quizá— que hacía una vaga referencia al lugar de donde vino y donde puede estar, ahora, la famosa máquina del tiempo:

(...) Siempre dije que yo no pertenezco a ningún lugar; de ahora en más le agregaré que tampoco pertenezco a ningún tiempo. Es difícil de explicar, pero es así. Y no se trata de ninguna baratija hindú o budista: detesto la meditación, el autoconocimiento y la sabiduría. Si bien en otro tiempo me sentía muy arraigado al suelo, a la soledad, al frío, a esa montaña humeante con la que me despertaba cada día, y que en un raptó de nostalgia fue lo último que quise ver, hoy en día, lejos de eso (...).

Las referencias eran un poco confusas (“montaña humeante”, “frío”, “soledad”). Al principio descarté cualquier país que no fuera latinoamericano, puesto que, si bien la descripción coincidía con, por ejemplo, varios países europeos y asiáticos, el castellano —en su variedad dialectal porteña— era tan puro que el tal Lisandro Lacobacci, por más apellidado italiano que tenga —por supuesto, si es que ése es realmente su apellido—, no pudo más que nacer en Argentina. En alguna provincia, quizá. Y emigró después a Buenos

Dos Santos miró por las pantallas panorámicas al exterior.

—¿Dónde está la otra estrella? —preguntó.

—¿Qué? —dijo Oakman.

—Capella B —balbuceó Dos Santos, y corrió hacia los controles. Leyó algunas cifras y se quedó con la mirada fija hacia abajo.

—¿Qué estás buscando? —preguntó el capitán Toffler.

—¡Capella B! —dijo de nuevo, con los ojos muy abiertos—. Eso explica la extraña forma del campo gravitacional. Tan uniforme. ¡Lo consulté con Carlson, pero supusimos que era una falla del sistema!

—¿Qué estás diciendo? —preguntó el capitán.

—¡Que la maldita estrella no está! —Corrió a una de las pantallas y miró al cielo. En él brillaba un único sol y no se advertía la presencia del otro, que según los cálculos debería de estar a treinta grados a la derecha de aquél.

La ilusión se había desvanecido y el cielo había adoptado un tono ligeramente diferente.

Larissa García, doctora, también se acercó a una pantalla y miró al cielo.

—Se parece tanto a nuestro Sol —dijo.

—Esto debe ser una alucinación colectiva —dijo Takeshi Genda.

Se reparó el motor, mandando al exterior a un grupo de robots flotantes que se encargaron de la tarea. La salud mental de la tripulación había decaído bastante desde ese momento. El capitán Leon Toffler había suge-

rido que abandonaran la misión y volvieran, pues corrían un grave riesgo quedándose allí. Mantenían las esperanzas de que pudiesen regresar a su verdadero hogar, aunque no sabían si eso sería posible, en caso de que verdaderamente ahora estuviesen en su hogar, pero en un tiempo que no era su tiempo; volverían por el mismo camino. La doctora García enloqueció y terminó suicidándose; ése fue el primer síntoma grave de la salud de los viajeros.

La nave partió a la semana de que hubiesen llegado. Querían pensar que su Tierra aún seguía allí, y que las cosas fueran como las habían dejado, tan sólo ochenta y dos años más envejecidas. Lamentaron perder tantas cosas por haber partido de su planeta. Su familia, sus amigos, todos estarían muertos, y una nueva generación de científicos esperaba su regreso, si aún no se había abandonado la misión por diversas causas. ¿Y si en la Tierra había estallado una guerra que hubiese acabado con todo? De la emoción del principio no quedaba nada; tan sólo estaban el terror y la pérdida con la que se habían encontrado en ese extraño planeta, que sin embargo era el suyo.

El viaje de regreso también duró tres años. No volvieron los veintiuno que habían partido pues, además de la doctora, un hombre y otra mujer se habían suicidado; el hombre era Samuel Bergsen. Todo esto ocurrió durante el viaje de regreso.

Para evitar que siguieran ocurriendo desgracias, la tripulación decidió hibernar y preparó el equipo necesario

para el proceso. Uno por uno se metieron en las cápsulas de sueño. La nave se colocó en conducción automática, pues estaba preparada para ser pilotada por la computadora, y no se esperaba que hubiera problemas en el proceso de reingreso a la atmósfera. Todos, incluido el capitán, que aún no había perdido las fuerzas por lo ocurrido, durmieron. Durmieron por más de dos años.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó el ingeniero con bata blanca, que miraba ansiosamente su reloj una y otra vez—. La cuenta ha terminado y la nave ni se ha movido.

Los científicos se amontonaron junto a la nave, en la que ya no se escuchaban las vibraciones de los motores. Había un silencio sólo roto por los murmullos de los hombres allí presentes.

Ante el asombro de todos, la puerta se comenzó a abrir y la rampa tocó suelo. Del interior salió primero el capitán Leon Toffler y, detrás de él, Jack Millensburg y el resto de la tripulación. Caminaban lentamente. Eran dieciocho en total. La tripulación advirtió la presencia de los hombres. Oakman vio entre ellos a Linus Larsson, el jefe de la misión Albatros. ¿Qué ocurría? No podían haber permanecido allí ochenta y dos años, el tiempo que había transcurrido en la Tierra desde que habían partido. ¡No podía ser posible!

Larsson se separó del resto y se acercó a los que habían bajado de la nave. Los miró con gravedad. Su expresión pronto se convirtió en colérica.

—¿Alguien podría decirme qué demonios ha pasado? —gritó Larsson, alzando los brazos y cerrando los puños—. ¿Por qué han abortado la misión?

Nadie de los que habían estado en la nave dijo nada; sólo observaban, trastornados. Dos de los tripulantes salieron corriendo, pero fueron detenidos por el grupo de hombres con bata. Al fin, el capitán fue el primero en hablar.

—¿Nunca partimos? —preguntó Leon Toffler.

Los científicos e ingenieros de la misión se miraron entre sí. Larsson arrugó la frente.

—¿Qué intenta hacer, señor Toffler?

—Han pasado seis años desde que partimos —dijo el capitán—. Y más de ochenta años pasaron aquí en la Tierra. ¿Por qué siguen ustedes aquí?

—Han pasado —Larsson miró su reloj— cuatro minutos desde que la nave debió de haber despegado. Hemos perdido un tiempo muy valioso y ahora seremos la gran noticia de todos los encabezados de los diarios del mundo. No han pasado ochenta años, porque nosotros aquí seguimos. —Larsson vio la expresión ausente del capitán. Los demás hombres se veían igual de sombríos y otros estaban ansiosos—. No han ido a ninguna parte; ése es el problema.

—Llegamos a ese planeta —dijo Pohl Oakman, recobrándose ligeramente—, y era exactamente como la Tierra. Claro que hemos estado allí. ¡Tres de nuestros miembros han muerto!

—Todo bien, en orden —dijo él—. Como siempre, supongo. A vos qué te trae por acá? Tu tesis? Cómo va eso?

—Bien. Sí, justamente... La tesis. Quería hablar sobre eso. Tiene un poco de tiempo ahora?

—Sí, media hora más, seguro —El profesor miró su reloj de mano, una antigüedad—. Quizá un poco más, también. Pudiste descubrir algo más del tal Lisandro?

En ese momento pensé en callarme, guardar todo para mí hasta tanto estuviera seguro, completamente seguro, de lo que había descubierto, pero después tomé aire y hablé. Le expliqué lo que había analizado, la cuestión de la ve larga, las comillas luego del punto, el guión largo, y le conté mis especulaciones —no osaba, frente a él, llamarlas hipótesis— sobre la veracidad del discurso de Lisandro Lacobacci. Él me escuchaba atentamente, sin decir nada, mientras leía algunas cartas del susodicho, que yo le había llevado.

Cuando terminé de hablar, quedamos un rato en silencio. El profesor se sirvió más licor de huevo en la taza —a esa altura ya no era una taza de café con licor, sino puro licor—, y siguió leyendo. A los diez minutos lo interrumpí delicadamente y le pregunté que qué le parecía todo aquello.

—Más que interesante —dijo él, luego de algunos segundos; yo pensé que bromeaba, pero hablaba en serio—. En verdad hay muchas cosas que ya no recordaba sobre Lisandro. Si bien fui yo mismo quien te sugirió la idea, no hay que olvidar que éste fue un caso bastante fugaz en su

momento, que después pasó a la memoria de los hombres como una anécdota divertida. Pero... vos me preguntás que qué me parece esto, y no puedo más que decir que el trabajo que estás haciendo es excelente.

—Muy amable, profesor —agradecí—. Sólo hay algo que no me cierra... y es que, si de veras estoy en lo cierto, cómo es que aún nadie dice nada de alguna máquina del tiempo? No está siquiera en proyecto?

El profesor sonrió y empezó a hurgar en sus cajones.

—Tomá, leé esto —dijo, alcanzándome el matutino digital de ese día—. Estuviste leyendo tantos diarios viejos, que te olvidaste de los nuevos.

Entonces agarré el diario y leí: *"Extremistas neoliberales árabes, argentinos y franceses, secuestran a científico japonés que dice haber construido una máquina del tiempo."* En el cuerpo de la noticia se explicaba que el hecho sucedió en Italia —Florenia, para ser más exactos—, y que el científico pensaba hacer público su descubrimiento en los próximos días. La organización terrorista, por su parte, no era conocida, pero operaría en Italia, en la mayor parte de Europa, e incluso en algunos lugares de Sudamérica.

—Y? Te cierra ahora?

—Sí —respondí yo, mecánicamente—. Era lo que... faltaba.

Entonces el profesor balbuceó algo que no comprendí —estaba un poco aturdido—; después me levanté, supongo que lo habré saludado, fui hasta la cafetería a pedir un café expreso para llevar y me fui a mi casa.

que tenderán a seguir simplificando la ortografía y la gramática, y que, sean cuales fueren, no aparecen en las cartas que estoy analizando —no hay en ellas ninguna frase, ninguna construcción sintáctica, ninguna novedad gramatical o normativa, ningún indicio, en resumen, que pueda ser interpretado como tal. Todas las aparentes desviaciones o errores actualmente son regla; no hay ningún aparente error que no pueda ser explicado por la gramática que hoy tenemos, por lo que insisto: Lisandro —o como fuera en realidad su verdadero nombre—, de ser cierto todo esto, debería de estar ya entre nosotros o, al menos, próximo a llegar.

Lo que debería hacer ahora es buscar las referencias contextuales, los índices de espacio que me indiquen cuál es el lugar de donde viene, o de donde vendrá. Él aparece en Avellaneda, pero... de dónde viene? En las cartas no hay muchas referencias de este tipo. Quizá, antes de seguir, me convenga mostrarle el estado de mi tesis al profesor Van der Heyden, el erudito más a mano que tengo y en quien más confío. Después de todo, fue él quien me sugirió, como al pasar, este tema para la tesis.

5

Llegué a la Facultad de Filosofía y Letras a las 07:00 p.m., horario en que el profesor tiene su receso de media hora. Por suerte, el portero me reconoció y me dejó entrar, porque mi tarjeta no funcionaba y la máquina no me reconocía. Intercambié un salu-

do con él, alguna broma sobre la tecnología, y me dirigí al Departamento de Historia y Análisis del Discurso, cuyo jefe era Van der Heyden. En el camino me encontré con varios compañeros. En la cafetería la vi a Susana. Estaba sentada con un hombre, tomando un café expreso. Yo me acerqué, la saludé, le pregunté cómo estaba, cuándo iba a volver. Ella dijo que bien y que pronto. Después nos despedimos. Seguí caminando.

El profesor Van der Heyden estaba sentado, sobre el escritorio de la jefatura departamental, con una taza de café a la que estaba agregando licor de huevo. Lo saludé desde la ventana y le señalé la puerta con un gesto, para que me dejara entrar. Él escondió el licor debajo del escritorio y después abrió. Recuerdo que, cuando aún asistía a la Universidad, nos burlábamos de su afición a la bebida, pero más aún bromeábamos con su inútil manía de querer ocultarlo.

—Habrá uno de esos cafés para mí?

El profesor se rió y estiró el brazo, permitiéndome pasar. Estaba bastante viejo; las canas ya habían colonizado su cráneo, la cara tenía más arrugas de las que recordaba —y, no sé por qué, pero la encontré parecida a la foto que había visto de Lisandro.

—El licor de huevo en el café es una pequeña costumbre holandesa —dijo, sentándose, sin dejar de sonreír, y agregó, cambiando fugazmente el semblante—: Una de las pocas que conservo...

—Cómo va todo por acá? —pregunté, para salir del tema.

Larsson sonrió.

—¿Te refieres a los que van bajando de la nave?

Samuel Bergsen, la doctora Larissa García y la otra tripulante que se había suicidado estaban bajando por la rampa. Parecían menos afectados que el resto y se movían rápidamente. Llegaron al suelo. Tada Wang se acercó a los tres y los examinó.

—No es posible —susurró—. Ustedes están muertos.

El oficial Millensburg desenfundó su arma y apuntó a los tres que se habían incorporado. Las dos mujeres y el hombre le miraron sorprendidos.

—Por Dios, Jack —dijo Samuel Bergsen, en voz baja—, ya me disparaste una vez, no lo hagas de nuevo.

Los ojos de Jack buscaron en el aire. Su mirada parecía la de un loco.

—¿Escucharon? —dijo, y luego gritó—: ¿Han escuchado eso? Bergsen ha dicho que le he disparado, y eso pasó porque luego de que aterrizamos en ese maldito planeta él se escapó de la nave. Y luego... luego... ¡el muy imbécil terminó suicidándose! Éste no es Bergsen. Parece Bergsen pero no es él. Hay cambios. Sutiles cambios, pero perceptibles. ¡Han alterado todo!

Varios de los científicos que estaban con Larsson sacaron sus armas y las apuntaron contra Jack.

—Baje su arma, por favor, señor Millensburg —dijo Larsson—. Esto no tiene por qué terminar mal.

—¿Terminar mal? —Balanceó el arma, sin dejar de apuntar—. ¡Al-

go nos ha hecho usted, algo muy malo! ¡Y no sé qué es pero lo averiguaré!

Los mismos miembros de la tripulación se habían puesto nerviosos por la reacción de Jack. Pero estaban casi tan confundidos como él.

Luego, Millensburg giró y apuntó a Larsson.

Un disparo salió de un arma cercana e impactó en Millensburg, que cayó fulminado al suelo. Varios hombres se le echaron encima para intentar contener cualquier otra posible reacción.

—Locos —dijo Samuel Bergsen, mostrando el encabezado de un diario, que daba la noticia—. Clínicamente locos.

Larissa García y Carmen Reeves, aunque no eran las mismas que se habían suicidado dentro de la nave, también estaban allí presentes.

Larsson se levantó de la silla giratoria y apoyó sus palmas en el escritorio de madera dentro de la amplia oficina. Ya no tenía los lentes que siempre solía usar y su cabello no mostraba las canas de antes.

—Estrellamos esa nave en el desierto de Libia, luego la recogimos y arreglamos algunas cosas para hacerla utilizable por inteligencias humanas, y dispusimos de un grupo adecuado para hacer la tarea. Pero no hemos tenido que hacer más que eso. Han hecho bien nuestro trabajo.

—La mente humana opera de forma que, si alguno de ellos dice algo sobre lo que vivieron, no le

creerán. Nadie le cree a los locos —dijo Larissa.

Bergsen asintió.

—Como dijo el hombre que permitió que mataran a Jesús —acotó Larsson—: “me lavo las manos”.

El hombre de Neandertal regresó con su grupo. Traía noticias de su nuevo e interesante descubrimiento. Atravesó el oscuro bosque y llegó al espacio abierto donde su mujer y sus dos hijos, una pequeña niña y un fuerte joven, estaban cocinando un oso cavernario que su orgulloso hijo mayor había cazado esa mañana; éste ahora estaba limpiando las pieles para volverlas sus nuevos abrigos y que los demás supieran de su gran victoria.

El hombre los llamó con palabras articuladas y su familia se acercó a él. Se sentó en un tronco, a un lado del fuego que cocinaba al enorme oso, y les contó lo que había visto del otro lado del bosque: la enorme bestia reluciente de seis patas. Su hijo mayor dijo que él sería lo suficientemente fuerte como para matarlo, que ninguna presa era tan grande ni fuerte para él, y que utilizaría sus pieles y con las pieles sobrantes tendrían beneficios por muchos ciclos, pues las cambiarían por toda clase de cosas necesarias. Pero su padre le contó que contra una criatura así nadie podría. Les dijo sobre el hombre extraño y el animal brillante que lo cargaba, y sobre los hombres blancos que estaban en la boca de la gran bestia. La mujer neandertal y la pequeña se impresionaron; el joven sugirió que volvieran, para ver la enorme

presa, y también dijo que podrían reunir a todo el clan y a los clanes cercanos para organizar la intrépida cacería.

Se juntaron unos treinta hombres y fueron al sitio donde el primero había visto a la bestia, pero ya no estaba. Aunque se encontraron con una pared que nadie podía ver, pero sí sentir, y de la que nadie supo dar explicación. Luego comenzaron a llegar más y más, tocando la superficie invisible, lisa y cálida al tacto. Intentaron romperla con cuchillos y con lanzas, pero todos los esfuerzos fueron en vano. Los hombres terminaron por dispersarse y regresaron a sus hogares.

Pasaron algunos días y el que había tenido contacto con el hombre vestido de blanco enfermó. El frío había llegado y eso agravó su salud. Su hijo no había podido estar junto a él, pues, temerario, había ido a explorar los territorios del norte; luego de algunos meses se encontró con más poblaciones a su paso, y en todas era bien recibido, pues los viajeros no eran frecuentes por aquellos lugares. Él no sabía que su padre estaba muriendo, con su madre y su hermanita a su lado.

Pronto, en varias poblaciones, las muertes fueron aumentando. Las relacionaron con el frío, pero lo cierto es que habían enfermado de algo desconocido para ellos, y eso los estaba matando. La enfermedad se había diseminado. Fue cosa de muchas generaciones, un proceso lento; para cuando llegaron los nuevos hombres que venían del sur —extraños con caras pintadas, más altos, más fuertes e inteligentes, y que tenían mejores ar-

dicho cuando volvía de hacer compras en la verdulería y en el almacén. En la declaración dice que “el tipo me preguntó dónde estábamos y yo lo miré y pensé que estaba borracho; le dije: ‘Piñeyro, pibe, estamos en Piñeyro’, pero ponía cara de no entender nada. Después me preguntó la fecha, se la dije, ‘15 de junio’, le dije, pero el tipo no sabía siquiera en qué año estaba. ‘Está loco’, me dije. Claro que no lo parecía..., pero, por las dudas, a la primera que se dio vuelta me hice el perezil y cerré la puerta de una.”

Los otros testimonios de la misma fecha contienen declaraciones similares. Las preguntas siempre apuntan a cuestiones básicas (fecha, lugar, formas de gobierno de actualidad, avances tecnológicos). En cuanto a la vestimenta, se habla de “una especie de camisa media rara”, “pantalones ajustados, pero no de *jean*, ni de lino, ni de algodón, medios raros también”, “zapatillas blancas y verdes con un diseño espacial o basquetbolístico”, descripción que, poco más, poco menos, coincide con lo que se vio al día siguiente, cuando Lisandro fue a las empresas mediáticas y a la televisión a dar su mensaje, y todos se rieron de él.

4

Ahora son las 07:30 a.m. Afuera hay 40°C: otro día de calor. A las 15:00 p.m. se espera que la temperatura alcance los 50°C. En la mesa del comedor, Susana ha dejado una nota diciendo que probablemente no vuelva hasta el miércoles. Es una buena

chica, Susana. A veces se hace querer. Espero que realmente regrese. Ya casi me he acostumbrado a ella.

Hace un rato, analizando discursivamente las cartas he descubierto otra vez algo interesante. En los últimos tiempos, ciertas particularidades sintácticas, gramaticales y ortográficas de la lengua inglesa se han adoptado en el castellano. Es así que, por ejemplo, ya no utilizamos signo de interrogación inicial, el guión largo ha casi desplazado al paréntesis, el punto se coloca antes del cierre de comillas —puede colocarse después, pero la moda actual es ponerlo antes—, y cada vez son más frecuentes las oraciones en voz pasiva. Ahora bien, ninguna de esas particularidades había sido adoptada aún a principios del siglo xxii, que es cuando apareció Lisandro; pero lo curioso es que él ya utiliza algunas en sus cartas. Las comillas, por poner un caso, las dos veces que aparecen siempre se ubican después del punto; las aclaraciones, la información adicional, por poner otro, siempre está encerrada entre guiones largos. Además, se ve un uso muy moderno de la voz pasiva, que por entonces se utilizaba muy poco.

En definitiva, todo indica que, si Lisandro era, efectivamente, un hombre del futuro, tendría que haber nacido... en esta época. Sí. O al menos en un futuro no muy lejano a este presente: muchas posibilidades no hay. Porque, si las leyes lingüísticas son correctas —y la Historia, por ahora, ha demostrado su veracidad—, en algunas decenas de años habrá nuevas modificaciones en el idioma,

vista, y como habrán interpretado mis antepasados—, pero también... podría ser una prueba. Una prueba fuerte, además.

Agradecí el café expreso a Susana; ella empezó a acariciarme la espalda, el pecho, pero le dije que, en ese momento, no podía postergar lo que estaba haciendo y me deshice sutilmente de sus brazos. No sé qué pasó después con ella; creo que se fue, porque cuando me di vuelta la puerta estaba entornada y yo siempre la cierro. No importa.

Tomé varios sorbos de café y me puse a buscar las otras cartas. Todas eran muy breves, pero ya en la primera encontré lo que buscaba: la palabra “vacío” estaba escrita con ve larga. Decía: “el vacío que siento...”, por “el vacío que siento...”. Ahora no tenía ninguna duda; si bien es posible confundir la ve de *estuve*—de hecho, conozco gente que lo hace—, resulta casi imposible hacer lo mismo en el caso de “vacío”. Definitivamente, no podía ser un error de ortografía. Podía ser muchas cosas—mi hipótesis era una de las tantas—, pero no eso.

Según leí hace algunos días, en la Real Academia están evaluando la posibilidad—ya la habían evaluado, pero ahora, al parecer, “están casi decididos”—de reemplazar la ve corta por la ve larga, retomando la idea que Sarmiento y Andrés Bello habían esgrimido en el siglo XIX. Actualmente se acepta, y es indiferente, escribir con las dos—respetando la etimología de las palabras—, o sólo con la ve larga. A partir de ahora sólo se aceptaría la escritura con la ve larga.

La decisión de la Academia sería “inminente.” Huelga decir que la relación con lo de Lisandro es más que obvia.

3

Lisandro Lacobacci apareció por primera vez en Avellaneda, cerca de la estación, en un descampado cercano al viejo club Regatas. Ésa es, quizá, una de las razones del escepticismo, o más bien del rechazo, inicial y posterior: si hubiese irrumpido en el Central Park de Nueva York, o en los Champs-Élysées franceses, en la Plaza de los Héroes de Viena, o incluso en alguna placita inmunda del sur de Italia, la cosa habría sido distinta. El fondo sobre el cual hubiese aparecido habría tornado la historia más verosímil. A veces suele suceder. Incluso en las situaciones más fútiles. Lo he comprobado con Susana, la chica que vive conmigo. Por alguna razón, siempre que le pido disculpas por algo bajo estas paredes no las acepta y, en cambio, cuando lo hago en otro lugar, lo hace inmediatamente. “Cosa e’ mandinga”, diría un gaucho, y deberían tomar nota, por cierto, quienes producen manuales de argumentación: es tan importante el fondo sobre el que ella se desarrolla—no el contexto, que es otra cosa—, como la argumentación misma.

Los primeros que vieron al hombre-venido-del-futuro—como se lo apodó rápidamente, sin mucha originalidad—fueron vecinos de la zona. El primer testimonio—que data del 15 de junio de 2119—es de un tal Diego Albornoz, quien se encontró con el suso-

mas—, los nativos eran menos y estaban debilitados. Siglos después fueron desplazados por los nuevos hombres, pues no se pudieron defender.

Los nuevos prevalecieron, los anteriores perecieron; todos sin sa-

ber que tan sólo eran un experimento de otras inteligencias, en el cual los neandertales fueron un intento fallido.

© DAMIÁN NERI OSORIO, 2011.



DAMIÁN NERI OSORIO
(México —Villahermosa, Tabasco, 1991—)

Actualmente reside en el Distrito Federal (México), donde cursa una licenciatura en Física. Se animó a escribir sus propias historias desde finales de 2009, a partir de que descubrió a PHILIP K. DICK. Sus intereses principales son la ciencia y la ciencia ficción.

LA SENTENCIA

NANIM REKACZ

Detrás del sólido escritorio, de rutilante superficie vidriada, estaba él. El Jefe.

Detrás del Jefe, un ventanal formidable lo iluminaba de espaldas, generando un aura y dejando su figura casi a oscuras. Así él podía vernos y nosotros, deslumbrados, estábamos impedidos de saber si sonreía burlón o fruncía el entrecejo.

Permanecí sentada en la baja butaca mientras leía mi informe.

—Así que los requerimientos de Arriba son diez milochocientosveinticuatro.

—Sí, Señor Jefe.

Pronunció “Arriba” con negligencia, minimizando la connotación del término. Y “milochocientosveinticuatro” así, todo junto, sin respirar, sin tragar saliva, remarcando cada sílaba.

—Y nos faltan treinta y cinco para cumplir la cuota.

—Sí, Señor Jefe.

—Usted sabe, Señorita: no es fácil tomar esta clase de decisiones. Así como usted me ve acá, es una responsabilidad muy dolorosa. Una carga.

—Entiendo, Señor Jefe. Todos somos parte del engranaje y hay que cumplir órdenes. El sistema lo requiere.

—Bien... Bien...

Ambos nos habíamos ayudado a lavar nuestras conciencias. Al menos la mía; quizá él lo decía sólo para justificarse y en realidad le daba placer tener ese poder.

—Ésos son los expedientes de los candidatos, Señor Jefe. Elegimos los de familia numerosa, de clase media emergente, que hayan adquirido bienes inmuebles y muebles y se encuentren convenientemente endeudados. Con diez de éstos es al-

la hipótesis de que aquel hombre de 2119 pudo haber sido, efectivamente, un hombre del futuro fue en definitiva mucho más tentadora. Es la idea con la que, de hecho, estoy abordando mi última investigación.

2

Hace unos días visité el Archivo General de la Nación. La visita fue virtual, por supuesto. Me logueé con la clave que me dieron en la Universidad y escribí el nombre de aquel que dijo haber venido del futuro: Lisandro Lacobacci. La página tiró entonces varios periódicos y documentos en los que figuraba su nombre. Me detuve en uno: “*El hombre del futuro, con un pasado turbio*.” Así titulaba Clarín, que por entonces volvía a recobrar la plenitud de sus mejores años. Hice clic y leí la nota. Al parecer, el tal Lisandro no figuraba en ningún registro nacional; sin embargo, en Italia (Venecia, más precisamente) existían fuentes confiables que aseguraban conocerlo, y aún más: algunos afirmaban haber oído de una persona que hizo lo posible para borrar sus registros y sus huellas de Italia y que partió después para Sudamérica. Por supuesto —continuaba la nota—, si lo que dicen es cierto, no encontraremos a esa persona con la misma cara, con la misma voz ni con los mismos ojos. Aunque, en cualquier caso, la pregunta sigue siendo la misma: ¿para qué? ¿Para qué todo esto?

Le dije a Susana, la chica que vive conmigo, que me preparase un café expreso bien cargado —siempre

que escucho algo sobre Italia me dan ganas de tomar uno— y seguí leyendo. Los otros diarios decían más de lo mismo. Algunos se preocupaban un poco por investigar el pasado; otros se ahorran el trabajo y lo llamaban loco. Los especialistas en salud mental coincidían en todo, pero utilizaban palabras técnicas. Yo me di cuenta de que, lejos de ayudarme con la investigación, los periódicos la *enturbiaban* demasiado, de modo que decidí volver a la bibliografía primaria: las cartas que el mismo Lisandro había mandado a las empresas mediáticas. Hice clic en una de ellas; muy breve, por cierto. Decía así:

Sé que luego de mi discurso muchos se han burlado de mí, y me han injuriado de mil formas diferentes. Nunca pensé que iba a encontrarme con tanta incredulidad, de modo que nunca me preocupé por traer pruebas, elementos empíricos que probasen mi existencia en un tiempo posterior a éste. Creí que ahora, como después, la palabra bastaría. Hoy me doy cuenta de cuán errado estube: ninguna palabra alcanzaría para persuadirlos. Dijera lo que dijese, sea cual fuera mi discurso, seguirán llamándome de la misma forma. Me siento decepcionado y perdido.

Leí la carta tres o cuatro veces. No veía en ella nada interesante. Pero, cuando empecé a analizarla más como se leen los códigos que las cartas, encontré algo: la palabra “estube” no estaba escrita con ve corta, sino con ve larga (“estube”). Podría tratarse de un mero error ortográfico —como parecía a simple

EL HOMBRE QUE DIJO HABER ESTADO EN EL FUTURO

GONZALO SANTOS

1

En el año 2119 apareció una persona que dijo haber estado en el futuro, donde ya estaba funcionando la máquina del tiempo. Naturalmente, nadie le creyó. Querían pruebas y él no las tenía. Había olvidado el capricho fáctico de sus antepasados, la tiranía epistemológica del Ojo, resumida en tantos refranes populares. Cuando llegó no encontró más que risas, hostilidad y, en el mejor de los casos, compasión. Nunca se supo qué fue de él. Hay quienes dicen haberlo visto chapoteando en algún rincón de Dock Sud, pero nunca se ha podido corroborar.

Si hubiese llegado hoy la misma persona, quizá habría tenido otra aceptación. Pero los hombres no eligen en qué época nacer y a veces esa contingencia te puede causar incluso la muerte, como le ocurrió

a Giordano Bruno o a Cristo, por dar algún nombre, o te puede, en el mejor de los casos, meter en un manicomio o en la cárcel, como en los casos de Artaud y Wilde, respectivamente, salvando, por supuesto, las distancias. Sin ir más lejos: si mis coetáneos —todos, sin excepción— hubiesen nacido varios siglos atrás, apenas varios siglos atrás, estarían acusados —todos, sin excepción— de ser pervertidos y psicópatas, puesto que en esas épocas se tenía en más la vida de un bebé, o sea, de un ser humano potencial, que la de un adulto, un ser humano en plenitud, y las parejas, además, practicaban la monogamia, la sublimación o represión libidinal que ha generado genios, sin duda; pero también monstruos morales —tesis que, por cierto, podría haber sido bastante interesante, fácil, verificable en muy poco tiempo. Pero

tamente probable que alcancemos el cupo de... Arriba.

—Los de Arriba saben lo que hacen.

—Sí, Señor Jefe. Eso es indiscutible. Así se refuerza la contracción al trabajo, se disminuyen los reclamos de aumento de salario, la movilidad social evacua lugares para que los ocupen otros y hagan la experiencia.

—Sabías palabras, Señorita. Y el mercado inmobiliario aprovecha ofertas y los bienes cambian de manos.

—No olvide lo más importante, Señor Jefe.

—Sí, sí, por supuesto. El control de la población. ¡Ya somos muchos! Así no hay plan social que aguante, gobierne quien gobierne. Y el Ministerio ha previsto suficientemente la ampliación de los cementerios.

El Jefe observaba los legajos con cierta vacilación. El paisaje de edificios contra el cielo brumoso parecía suspenderlo como un fantasma oscuro. La lapicera brilló en su mano derecha, como una hoz.

Firmó.

Respiré profundo.

Me entregó las carpetas pero las retuvo entre sus dedos, sin soltarlas.

—Téngame al tanto. A medida que se vayan suicidando, digo... Y si en una semana no satisfacemos el cupo de Arriba habrá que decidir nuevos despidos.

—Sí, Señor Jefe.

No soltaba los legajos y empezaba a ponerme nerviosa.

—Usted, ¿tiene hijos, Señorita?

—Sólo dos, Señor Jefe.

—¿Estudian?

—Sí, Señor Jefe; están becados.

—¿Y ha tomado préstamos hipotecarios?

—No, Señor Jefe; mi casa la heredé de mis padres, ya fallecidos.

—Bien, bien... Vaya tranquila, entonces; seguramente no estará en el próximo listado.

Soltó la carpeta. Hice una pequeña reverencia con mi cabeza, saludé y me retiré.

Yo sabía que él tenía dos ex mujeres, una esposa y seis hijos. Que recientemente había adquirido una mansión en Boca Ratón y un Lamborghini. Me pregunté si concretaría el crucero privado por el Mediterráneo cuya reserva para dos (él y su aman-



Lea Aparece quincenalmente!

AVENTURAMA

La nueva revista de Ediciones Argeos donde reinan la aventura y la fantasía

<http://revistaaventurama.blogspot.com>

Dirigida por el legendario Julio De Luca

Premio Consagración 2009 Mejor Revista de Ficción

ARGEOS EDICIONES

te, claro) me había ordenado pagar unos días atrás. Me pregunté si estaría temiendo ser incluido en una lista por los de Arriba.

Entregué los legajos sin culpa ni remordimiento.

En la calle, los rostros de la gente, iluminados de neón, me parecieron tristes máscaras. Casi cadáveres que aspiraron a ser y a tener, que creyeron

que los de Arriba cuidarían de ellos y que los sueños pueden hacerse realidad.

A costa de las pesadillas de otros, claro. Y nunca ser uno de los otros.

Pero en eso nadie quiere pensar. Yo tampoco.

© NANIM REKACZ, 2009.



NANIM REKACZ

(Argentina —Carmen de Patagones, Buenos Aires, 1963—)

Escritora, bloguera y fotógrafa aficionada radicada en Neuquén, en **NM** publicó “Quien cree, crea” (# 17). Una de sus ciberbitácoras es “Mujer de cuarenta y tantos” (<http://nanimr.blogspot.com/>).

—*Salamangek*—fue la respuesta.

El censor, dubitativo, se acercó, extrayendo del agua un cuerpo viscoso, moteado. Su forma lagartijesca no lo engañaba. Del agua también extrajo una lija de grano fino. El chico, entornando los ojos, no le quitaba la vista de encima. Con una risa eufórica, Mablung alzó la salamandra en vilo.

Nunca lo habría pensado, pese a que Plinio, en otro tiempo y lugar, ya lo había dicho. El pienso del draco en un comedero. Cien ideas lo abrumaron de repente. *Amiantus*, *asbestos*. . . ¡Algo tan sencillo como el asbesto, la lana de salamandra, ininflamable e incorruptible!

© CÉSAR R. LUCIO PALACIO, 2011.



CÉSAR RAZIEL LUCIO PALACIO
(México —Aguascalientes, 1961—)

Biólogo y lector variopinto, comenzó a escribir desde 2009. En **NM** publicó “Los cuervos también despiertan al amanecer” (# 19).

riendo a avisar la proximidad del encuentro final. Mablung, renqueando, se dirigió al palco.

Las apuestas eran disímiles. Dizmora, la gran hembra venida de occidente, se enfrentaría a un pequeñajo, pardo y anónimo, de apenas seis metros de largo. Con alas cubiertas de plumas nacaradas, su cola era casi tan larga como el cuerpo entero de su contrincante. Bien podría enfrentarse incluso a algún antiguo y salir victoriosa.

Un estentóreo rugido anunció el comienzo de las hostilidades. El pequeño apenas era distinguible desde el palco, pero Mablung aguzó la mirada, expectante.

Dizmora abrió las alas cuan largas eran y lanzó una vaharada ardiente. El calor expansivo recorrió los palcos. Una luz blanca; chisporroteos. No fue sólo un instante. La llama no menguaba; el pavimento se tornó rojo. Los de primera fila comenzaron a gemir. Ampollas cubrieron su piel; el cabello comenzó a arder. El pánico se extendió; la gente salió huyendo. El aliento de Dizmora aumentaba su intensidad, concentrando el calor en su oponente. La roca hirvió. Hechiceros lanzaron arcanos protectores para el emperador y su séquito. ¡Una ferocidad así no se había visto antes! ¡Era pasmosa, de espanto!

Mablung, aterrado, no alejaba la vista de los contendientes, aunque terminó cediendo al dolor.

Con el hedor de la piedra quemada, terminó el ataque. Silencio. Sólo aquí y allá chisporroteaban los palcos. Viento cenizo, negro. Frente a Dizmora, el enclenque yacía, incólume.

Furiosa, la gran sierpe arremetió de nuevo y los párpados y piel de los pocos espectadores restantes sufrieron. Todo era truenos, brasas. Sin aliento, la hembra dejó de resoplar y se tendió, rendida.

El pequeño se irguió. Su piel opaca no reflejaba el castigo al que se enfrentó. Extendió sus alas, cubiertas de destellos bronceados. Se sacudió la ceniza y lanzó un rugido breve y feroz. De sus fauces salió rápida una delgada línea azulina, eléctrica. El olor a ozono invadió el maltrecho anfiteatro. El haz de luz chocó en pleno con la cabeza de Dizmora, vaciando sus cuencas. Los sesos en líquido escurrieron por los nostrilos. No hubo ni un estertor.

Un muchacho humilde corrió hacia el reptil vivo desde el borde del escenario, cubierto con una capa adusta. Le ciñó una brida y lo condujo a resguardo. Mablung salió a toda prisa para alcanzar al vencedor. ¿Qué acaba de ver? No había precedentes de algo así.

Mientras el emperador y sus maltrechos cortesanos se recomponían, el anciano llegó a la entrada de las estancias. Escuchó un murmullo, un ronroneo. Con un cántico extranjero, el chico calmaba a su bestia, mientras le hacía lugar entre la arena que le servía de cama. Mablung, resollando, observó a ambos.

Botes con brea, limadura de hierro, yesca, estaban ordenados en las repisas. Algo se movió dentro de un pote lleno de agua fangosa.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó el anciano.

EL FRÍO

JUAN M. VALITUTTI

Una foto de los chicos de Malvinas: arrumbados en una fosa, comen chocolate, para mantener a raya al frío.

—Hace frío, ¿eh, pibe? ¿Qué edad tenés?

—¡Es un bebé, hijos de putas!

—Quince —dijo el chico.

—¡Quince!

—Comé tu chocolate, ¿querés?

Está rico, ¿eh? Te va a calentar.

—¿Quiere un poco? —preguntó el chico.

—¡Pobre ángel!

—Sos muy bueno. ¡Comé!

La torre era fría. Y el viento, como el filo de un cuchillo, penetraba a través de la piedra. Laceraba. Mordía. ¡Mordía, mierda! Y no dejaba de entrar. Y los soldados tiritaban. Los que quedaban, claro. Habían sido seis... Ahora sólo quedaban dos. Ellos dos: el viejo y el chico, rotos y cansados. Arrumbados. Arrumbados contra la piedra fría de la torre fría que los cobijaba del frío exterior.

¿Y afuera?

¿Qué había afuera, además del frío, un frío alienígena, malparido, que se levantaba del pantano que los cercaba con la resolución de una hueste de fanáticos?

—¿Usted cree que vendrán? —El chico abrió, enormes, los ojos.

—Sí, nene, ¡van a venir!

—No lo creo. —El viejo se incorporó y se envolvió en su capote verde azulado.

—¿Adónde va? —preguntó el chico.

—¡A Disneylandia!

—A hacer la guardia —espetó el viejo. Se acercó a la tronera y husmeó el exterior.

—No se ve mucho, ¿no? —El chico mordió chocolate.

—Ni un carajo. —El viejo se apoyó en el canto de la tronera y estiró el cuello.

—Pero están ahí... —soltó el chico.
“Y... ¡sí!”.

—Por ahí creen que ya terminaron con todos. —El viejo se volvió—. ¿Sabés qué, che? Me parece que te voy a aceptar un poco de ese choc...

Algo asomó por el pecho del viejo.

El viejo bajó la vista y la clavó en la saeta; la cosa con vida que lanzaban los del pantano y que había acabado, poco a poco, con todo el pelotón de terrícolas asentados en esa torre de control.

Fue una estupidez, por supuesto. ¿Cómo carajo le dio la espalda a la abertura que se abismaba a la noche violácea de aquel infierno extraterrestre, sin tomar recaudos, un viejo soldado experimentado como él, un viejo coyote famélico y duro, curtido por los golpes y las balas de las guerras normales que había fatigado, no como ésta que era una batalla de mierda en un planeta de mierda, frío, cagador, perdido en el cuarto anillo de un sistema reventado y olvidado de la mano de Dios?

El viejo miraba la saeta, la criatura en forma de dardo que las ranas del pantano le habían lanzado al pecho, y vio cómo ella chillaba y se retorció en el extremo de su pecho, y se preguntó si la saeta, la criatura, habría pasado por su corazón, encavando un túnel. Pero “no”, se dijo, porque el corazón no estaba ahí. No era como cuando uno era pibe y dibujaba el corazón en forma de corazón por arriba de la tetilla izquierda; no, estaba en otro lado la saeta, la criatura que giraba su cabecita puntiaguda y se retorció y chillaba desde las fauces abiertas mientras él, el experimentado

soldado que había olvidado tomar los recaudos del caso, luchaba por mantenerla a raya... ¡Pero entonces recordó al chico! El soldado recordó al chico, al bebé-come-que-te-come-chocolate, y lo miró, y el chico estaba ahí, arrumbado donde lo había dejado, tirado como un saco de heno maloliente en el último silo de aquel planeta nauseabundo, con los ojos enormes abiertos en la cara espantada, firme el chocolate a la altura de sus dientes apretados, pensando que al viejo le dolería más que la puta que lo parió; sí, estaba ahí, sujetando su chocolate, muerto de miedo, viendo a la cosa que chillaba desde el pecho del viejo soldado, el viejo soldado que ya caía, que ya caía sonriendo, porque el viejo soldado quería que el chico supiera que eso que le había pasado no era nada, que él era un soldado de la puta madre, un soldado de los de antes, que arrancaría la cosa viva de su pecho, se la llevaría a la boca y le decapitaría la puntiaguda cabecita de mierda de una dentellada... Pero no; el soldado ya caía y cayó y se desplomó, con la cosa retorciéndose en su pecho, y ya estaba muerto, bien muerto, ¡carajo!

Y el chico gritó.

Y gritó con fuerza.

Y, claro, ¿qué le quedaba por hacer a un chico de quince abríles si no gritar?

Y el chico abrió la boca de dientes de chocolate, y se metió los dedos en la boca y gritó más fuerte, y se arrojó para un costado y se quedó como muerto, pero no muerto, porque gritaba, los ojos cerrados, las piernas recogidas, mascullando vaya uno a

ban las ofrendas y los signos de pleitesía que mil reinos rendían al descendiente del árbol de la ciencia. Pero a la gentuza poco le importaba eso. Ansiaba presenciar el fragor de los combates entre las bestias escamudas y ver los torrentes ígneos salir de las gargantas reptílicas, atemorizando, lisiando o reduciendo a cenizas al oponente.

El grito del populacho fue *in crescendo*, culminando con el primer anuncio de combates. Una disputa de generaciones se resolvería, el fuego restallaría y alguien se iría con un cadáver socarrado y el ánimo abatido, para intentarlo de nuevo en un siglo. Los combates se sucedían, emocionantes y cruentos. Día y noche los anfiteatros se caldeaban con los combates. Estaba prohibido el uso de garras, colmillos y colas. Sólo se permitía el fuego. Las serpientes más antiguas eran omnipresentes en las competencias. No había advertencias: en cuanto uno de los jovencitos amenazaba al contrincante con violencia física, era despachado y servía de merienda para los antiguos. Nadie quería una bestia problemática.

—El secreto, estimados muchachos, es el alimento —comentaba Mablung, el censor de estas competencias, al tiempo que instruía a sus seguidores.

Dos semanas, días y noches, una vez por siglo, Mablung no descansaba mientras revisaba que los establos, los alojamientos, la guardia de honor, seguridad, alimentos, servidumbre y un largo etcétera estuvieran en orden. Tales labores a lo largo

de centurias habían encanecido su pelo, afilado su ganchuda nariz y otorgado profundidad a sus ojos verdes. Algunas heridas de bestias remolonas hacían que caminara pausado, pero constante.

Pese a todo, encontraba gran alegría en contemplar los magníficos ejemplares que buscaban el favor del emperador. Lustrosas escamas de un rojo encarnado, estupendos animales veteados en amarillo, negro o verde, ya con ojos cobrizos, ya con iris de un azul profundo.

Tan variada como la gama de razas en esos ciclópeos reptiles era la alimentación. Mablung conocía cientos de recetas, probadas a lo largo de igual número de años. Las había desde extravagantes y costosas, mezclando rubies y perfumes aromáticos, hasta prosaicas y burdas, basadas en estiércol de bisonte y chapopote. La apariencia era lo de menos. Importaba que la llama de las bestias fuera inextinguible y ardiente. A fin de cuentas, tenía un cariz práctico: los reptiles alados viajarían a tierras inhóspitas, sofocarían rebeliones y mantendrían estables las fronteras. Los enemigos también contaban con arsenales tan aterradores como los del imperio.

“Es una carrera sin fin”, pensó Mablung, momentáneamente agotado. No podía cejar en su labor, y por ello instruía a quienes eventualmente ocuparían su lugar. “Dos semanas de arduo trabajo están por terminar”, se dijo aliviado. Pocas novedades había encontrado en las dietas; algunos añadiendo almizcle, otros retirando el coral. Un mozalbete llegó co-

EL PIENSO

CÉSAR R. LUCIO PALACIO

La proclama había sido hecha unas cuantas semanas atrás. De todos los rincones del imperio, y también de allende sus fronteras, los más importantes criadores comenzaban a darse cita en la Ciudad de la Montaña Invertida, la añeja capital del primero de los reinos. La celebración tenía lugar cada siglo y siempre era presidida por el emperador en persona, con su proverbial longevidad milenaria. Y de nuevo Dírmiril, la gran urbe, abría sus puertas y escalinatas a los viajeros, con la magnificencia y grandiosidad que sólo ella podía ofrecer. Dos semanas de grandes celebraciones, fiestas, vítores... y un olor sulfuroso impregnando el aire.

Poco a poco, los contendientes llegaban a la ciudad, montados por sus cuidadores. Las alas membranosas batían la atmósfera. Graznidos

y bufidos sobresalían entre el barullo de la multitud. Cuellos tremebundos y escamosos rematados por cabezas aguileñas con miradas voraces. Pese a que una de esas bestias aterrorizaría a cualquiera, de encontrarse en despoblado, durante la Fiesta de la Escama Roja eran motivo de júbilo y de apuestas.

¿Qué Gran Casa de Criadores contaría de nuevo con el mecenazgo de la Estirpe Real? ¿Podría la llama de alguna de estas bestias compararse a la del Milkharid Colmillocruento y sellar las puertas del Averno? ¿O acaso alguna podría vomitar un fuego tan abrasador como el de Tadarren Asesinarreinos?

Cada siglo, un campeón engrosaba las filas de los Cinabrios, la guardia de élite del emperador. Algunos partían hacia el sur, en busca de la Tierra Incógnita, mientras que otros recaba-

saber qué, mientras el chocolate se le derretía entre los dedos abotagados, engarfiados, y después vino lo peor, porque eso no había sido nada: ¿un viejo de mierda muriéndose con una saeta viva que le salía del pecho?; eso no era nada. Porque ahora estaban entrando las cosas del pantano, las ranas, que asolaban las torres terrestres desde hacía mucho, mucho tiempo... El chico las vio entrar y hurgar el cuerpo del viejo, para auscultarlo con sus dedos membranosos, y las vio entonces desviar los ojos saltones y acuosos del caído para posarlos en él; ¿se darían cuenta de que era un nene, un chico, un bebé de mamá? ¡Y ahora las ranas se acercaban! Y, ¡claro!, se acercaban para comprobar que él también estuviera muerto, y cuando comprobaran que él no estaba muerto, lo liquidarían porque... Pero, ¡por favor!, a quién carajo le importaba que él fuera un chico, a quién carajo le importaba que él fuera un bebé; ¿a las cosas del pantano, a las ranas de mierda les importaba que él fuera un chico, un nene, un bebé de mamá?

Y volvió a abrir los ojos —¿para qué?, si de todas formas podía darse por muerto—; pero, bueno, cuando se atrevió, volvió a abrir los ojos...

...¡y descubrió que había sólo una rana!

“¿Dónde están las otras?”.

Pero no pensó mucho en las otras —seguro que revisaban las dependencias adyacentes—; sólo se fijó en la rana que le había tocado en suerte...

Tenían cuatro extremidades las ranas: dos brazos y dos piernas, como los humanos; o casi, porque brazos

y piernas eran prácticamente del mismo largo. Y podían curvarse las ranas; podían doblarse desde la articulación de la cintura, como una buena navaja retráctil, y posarse sobre las cuatro extremidades —piernas y brazos, y manos y pies—, como si fueran perros. O casi, porque pelo, hocico e instintos no tenían; sí, en cambio, contaban con membranas, escamas y aletas.

Y la rana, la rana que le había tocado en suerte, como un perro monstruoso, como un humano de pesadilla, se apoyaba sobre sus cuatro extremidades, y estiraba el cuello, y adelantaba la trompa, y olfateaba algo; una lengua larga y cilíndrica y pálida asomaba por la abertura de la boca, y se desplegaba y tocaba... ¿el chocolate?

Comé tu chocolate, ¿quierés? Está rico, ¿eh? Te va a calentar...

¡Pobre viejo soldado que lo había cuidado! Porque el chico se hacía el hombre, el recio, el super-duro-puedo-con-todos-y-la-puta-que-te-parió; pero la verdad es que se meaba de miedo, fatiga y frío, mucho frío, y el viejo le había dado el chocolate para que se calentara, para que tuviera algo que hacer además de pensar en el frío que lo mataba de a poco. *Sos muy bueno*, y él, el chico, el bebé de mamá, ¿qué carajo iba a hacer, salvo comerse el puto chocolate? Pero ahora, la rana, la apestosa rana de mierda se inclinaba sobre su chocolate, la barra que el viejo le había dado, y lo olfateaba y lo tocaba, y lo chupaba con su lengua de diablo, y parecía gustarle (*te va a calentar*), porque lo empujaba, lo atraía hacia

sí con la punta de su mano membranosa para chupetearlo mejor, qué asco, para saborearlo más gustosamente, voy a vomitar, *está rico ¿eh?*, para pasarle toda la lengua, *sos muy bueno*, voy a vomitar hasta la puta que me parió, *¿qué edad tenés?*, y come-que-te-come-que-te-come, me quiero morir, ¡me quiero morir!, *hace frío, ¿eh, pibe?*, ¡soltalo, hija de puta, soltalo!, *está rico ¿eh?*, es mío, ¡conchuda!, es mío, *¿qué edad tenés?*, quince, ¡quincelaputamadre quince!, *¿eh, pibe, qué edad tenés, eh, pibe, eh?*

¿Eh?

Extrajo su revólver y lo armó.
Apuntó a la rana.

Juntó la respiración, como el instructor le dijo, y abrió fuego.

La rana levantó el rostro, arrobado en chocolate, sólo para recibir un tiro en la frente. Echó la cabeza humeante para atrás, con un crujido terrible, y todo su cuerpo fofo y seboso se desarticuló cómicamente, proyectados sus miembros larguiruchos en cruz sobre el piso pétreo.

¡Certo! ¡Un blanco cierto! ¡Uno de la puta madre!

Ahora la rana de mierda tenía tres ojos.

El chico, el bebé, el nene de mamá saltó como un resorte, revólver en mano.

¿Y ahora?

¿Y ahora, gil? ¿Qué carajo vas a hacer ahora?

¿Ya te olvidaste de las otras ranas? ¿Las que entraron con la que mataste?

Porque van a venir, *¿sabés?*

¡Seguro que van a venir!

¡Ahí! ¡Ahí están, boludo! ¡Ya llegan! *¿Y? ¿Qué carajo vas a hacer?*

El chico dirigió el arma hacia la abertura por donde ya se oía una infinidad de pasos y silbidos y cloqueos.

Las ranas se recortaron en el ensombrecido umbral: eran muchas, eran demasiadas, y tenían saetas, saetas con vida chillando desde las fauces sedientas; y ya llevaban las saetas, las criaturas, a los tubos; y ya se llevaban los tubos a las bocas, ¡qué carajo iba a importarles que se tratara de un nene, de un pibe, de un bebé de mamá!; y ya estaban soplando sobre los tubos...

¡Pero algo ocurrió!

Una luz destellante voló el techo y colmó el recinto, y luego sobrevino la ráfaga de ametralladora.

Y las ranas, ¡todas!, saltaron en pedazos.

Entonces una voz llegó desde el cielo: —Éste es el Rotador C-IV-5698 sobrevolando la Torre de Control 153. Lo tenemos en la mira, soldado. ¡Identifíquese!

El pibe, el nene, el bebé de mamá cerró la mano sobre el receptor de la solapa del uniforme y se lo acercó a la boca.

—Wilcock, Mateo —tosió—. Soldado raso: 3^{er} Regimiento, en 153 Norte, desde 04/02/2082.

—¡Descanse, soldado! —aprobó la voz celeste.

Inmediatamente una cuerda de seguridad cayó y, tras ella, un socorrista.

Mateo se asió al estribo que se le ofrecía y fue izado hasta la nave Rotador.

del sombrero, en tono suave pero amenazador.

—¡No pueden hacerme esto! ¡Yo soy menor! *¿Sabían eso?*

—Acá no importa la edad. Nunca se es lo suficientemente pequeño cuando la maldad es grande. Y tú no tienes remedio ya. Por eso has llegado hasta aquí. Fue tu última prueba... y la perdiste. Esta casa es una trampa perfecta; sólo atrapa bestias feroces. Serás reciclado y enviado como ganado a nuestro planeta. Allí... servirás para algo.

La última placa de acero se desplomó cerrando la ventana. Lentamen-

te, las personas se dispersaron, conversando tranquilamente, como si nada hubiese sucedido.

—¿Cuándo llegará el próximo tren expreso que enviamos a la ciudad?

—Pronto querida, pronto. Si no me equivoco, en este viaje vendrán tres presas más. Después... quizá retornemos a la nave y mudemos este pueblo a otro sitio.

—¿Adónde iremos?

—Quién sabe... En este extraño planeta hay tantos lugares donde cazar...

© PATRICIA KIEFFER, 2010.

PATRICIA MARTA KIEFFER
(Argentina, 1958)

Docente, bibliotecaria, escritora y reikista, en **NM** publicó "Encuentro de Universos" (# 17) y "La cara oculta de la Luna" (# 19).

abandonada. Tres magníficas plantas con las ventanas abiertas de par en par, por donde se veía el interior totalmente iluminado. El Rata no lo podía creer, acostumbrado a las rejas, las cámaras, los perros y las garitas con guardias en todos los lugares por donde había vagado. Todos menos éste... ¿Era un pueblo de idiotas? ¿Dónde estaba? Tomó el teléfono celular y llamó a uno de sus amigos. Mientras tecleaba buscando el número en la agenda sonrió despectivamente, al recordar la cara de la mujer a la que se lo había robado...

—¿Chino? Toy en un sitio raro, che... Venite con el Negro y el Chongo.

...

—¡Yo qué sé cómo carajo se llama! Tomate el tren en Carranza y bajate donde termina. Es raro; hay mucha luz, mucha gente de guita... ¡Y una casa pa'ocupar, che!

...

—¡No boludo! ¡No estoy fumado! Vengan pa'cá y llamame cuando llegué.

Cortó la comunicación sin esperar respuesta y cruzó la calle. De cerca, la vista de la casa era aún más impresionante. Se asomó con cautela a uno de los ventanales abiertos. Pudo ver el lujo del mobiliario, los equipos de audio, de video, las computadoras... Armaríos y placares llenos de cosas que brillaban... El asombro le hacía abrir cada vez más los ojos. Al fin, la impaciencia le hizo entrar sin esperar a sus amigos; total... si lo agarraban no pasaría nada. Como siempre.

Con cuidado, atravesó la sala y recorrió la casa; se metió en cada

habitación, aguzando el oído para escuchar si sonaba una alarma, un perro, un grito, algo. Nada. La casa estaba completamente vacía. ¡Y llena de cosas! Tomó el celular para apurar a sus amigos y terminar de convencerlos, por si no le habían creído. El visor le indicó "sin señal".

"Qué raro", pensó. Bajó los dos pisos y volvió a la sala para asomarse a una de las ventanas abiertas, en busca de señal. Se detuvo en seco al ver que una gruesa placa de acero caía a plomo y cerró la ventana. Miró hacia la otra y sucedió lo mismo... con todas las aberturas, incluida la puerta. Desconcertado, alcanzó a ver que una pequeña ventana lateral aún estaba abierta. Corrió hacia ella y tropezó con algo que lo hizo caer. Aturdido, manoteó sus pies para desenredarse de una soga... un cable... ¿Qué era eso?

No tuvo tiempo de reaccionar: del techo cayó una fina malla de acero flexible, que lo inmovilizó. Quiso sacar el arma del bolsillo, pero su brazo se enrolló en la red. Desesperado, levantó la cabeza sólo para ver, con horror, que la gente se había agolpado detrás de la ventana que aún quedaba abierta, y lo contemplaba con los ojos encendidos, como luces amarillas. Allí estaba la mujer de rojo, la niña rubia que reía, el hombre del maletín, la anciana del kiosco... y muchos más, que lo miraban, sonriendo con malicia.

—Q... ¿Qué miran? ¿Qué está pasando? —gritó el Rata.

—Te miramos a ti, porque será la última vez que lo hagamos. Pasa... que estás atrapado —dijo el hombre

La cabina estaba atestada de soldados, incluyendo nuevos reclutas, tan jóvenes como él: flamantes "roe-chocolates".

Iba a abrir la boca —¿para qué?, ¿para decir "gracias"?—, pero se interrumpió; el arnés, la cuerda y el socorrista volvieron a aparecer; esta vez transportando a la criatura, a la rana que "el roe-chocolate de la 153" había abatido.

—¿Qué hacen? —Mateo miró a la rana que permanecía tesa en el asiento opuesto—. ¿Por qué la subieron?

Los soldados miraron al raso. "¡Callate, mocosol!", decían esas caras, caras arrugadas por la fatiga y laceadas por el frío. Silenciosos y huraños, se dedicaron a auscultar a la rana.

—Las estudian, pibe —masculló una voz.

Mateo se volvió.

Le había hablado el socorrista.

—Es bueno conocer al enemigo —se explicó el hombre. Miró a sus compañeros—. ¿Qué tenemos?

—Nada importante. —El forense militar introducía una varilla en la boca de la rana. Hizo palanca para abrir las fauces que descubrieron dos hileras paralelas no de dientes sino de una materia pilosa, como hebras de cepillo—. Ésta es una cría; seis meses, a lo sumo.

—¿Cría? —carraspeó Mateo, pero nadie lo oyó.

Vio que introducían a la rana roe-chocolate de seis meses en una bolsa presurizada, y la vio desaparecer tras el relampagueo del cierre.

—Tomá —dijo el socorrista, y le alcanzó a Mateo una barra de chocolate—. Para el frío, ¿sabés? —El hombre se concentró entonces en una planilla y se olvidó del chico de la 153.

Mateo sopesaba la barra de chocolate en la palma entumecida. Miró a los otros soldados, a los nuevos roe-chocolates: temblaban, gemían, pedían por sus mamás. Mateo buscó al azar. Se detuvo en el rostro de un chico menudo y pálido al que le castañeteaban los dientes.

Se arrimó a él.

—Hace frío, ¿eh, pibe? —le dijo—. ¿Qué edad tenés?

"¡Es un bebé, hijos de putas!"

—Trece —dijo el chico.

"¡Trece!"

—Comé tu chocolate, ¿querés? Te va a mantener caliente —dijo Mateo Wilcock, y le sonrió al chico, al nene de mamá, al novato roe-chocolates. Y le espetó, amigable, desde la infinita vejez de sus quince abriles—: Está rico, ¿eh?

© JUAN M. VALITUTTI, 2011.

JUAN MANUEL VALITUTTI
(Argentina —Buenos Aires, 1971—)

Activo y prolífico escritor, en **NM** publicó "Una flor" (# 11), "La última frontera" (# 13), "¡Oh, por todos los diablos, Doug!" (# 15) y "ABC" (# 19).

LA SANGRE NO SUEÑA

RICARDO G. GIORNO

El Amo del Castillo abrió la ventana de la torre norte. La luna alumbraba el valle. Desde la altura del Castillo, el Amo pudo ver la granja de su peor enemigo. Y, por las antorchas que se apiñaban allí, el Amo supo que la rebelión había comenzado. Demasiado pronto. Su poder en fase menguante no le permitiría defender el Castillo.

Quizá había actuado con precipitada temeridad al raptar a la hija del enemigo, precisamente en la misma noche de bodas de aquella virgen. Es que el Hombre jamás se saciaba. Y el vestido de novia bendecido, y al final manchado con sangre, le proporcionaba...

Las antorchas permanecían quietas, como tachonadas sobre la tierra oscura. Debería pensar rápido si quería salir bien librado.

Sí, usaría a su cautiva para escapar. Para evitar justo el ciclo en que su poder no sería pleno.

Llamó a Krolt. Su esclavo se encargaría de todo. Como siempre.

Istina permanecía con las manos ciñendo la falda del vestido de novia. Las mejillas pálidas. La mandíbula apretada y fruncidos los labios, el pecho que le subía y bajaba en una respiración agitada, sofocante: todo a su alrededor la oprimía. Y sus ojos, esos ojos verdes, habían perdido luminosidad. Iban y venían, buscando, anhelando... Sí, sí: anhelaban una muerte rápida. Es que no se podía desear otra cosa allí, en la mazmorra del Castillo Innombrable, más que rezar para que el fin llegase rápido.

¡La luna! La luna atravesando los barrotes del techo. Para Istina, esos barrotes quedaban tan lejos como la luna misma. Oyó cargados pasos; sabía que el techo de su prisión conformaba el patio trasero de ese castillo maldito.

ir en cana como su hermano, no. Pensar que él siempre le decía "la ocasión hace al ladrón; si ves la oportunidad, no la dejés escapar. Hacelo y listo". Y eso hacía él, mientras vagaba por las calles, atento a cualquier oportunidad que se le presentase.

El primer robo lo hizo en la escuela, a los nueve años; le sacó la billetera y el celular a su maestra. Después había tirado todo, menos el dinero, en un inodoro del baño. Se armó un escándalo bárbaro, pero finalmente nadie los revisó, porque no estaba permitido. De a poco, se fue dando cuenta de que, en realidad, nada pasaba. Nada pasó cuando dejó de cumplir con el estudio y aprobó el grado igual que los otros; nada cuando puteó a la directora frente a todo el grado; nada cuando le partió la cabeza a un cabrón que lo había buchoneado; nada cuando llamaron a su madre, que lloraba desconsolada porque "no podía con él". Y tampoco pasó nada cuando lo agarró la *yuta* en su primer afano. El abogado lo sacó en dos horas. La "minoridad" tenía sus encantos...

Despertó cuando el tren se detuvo resoplando. Había oscurecido, pero el andén estaba bien iluminado, demasiado para su gusto. Miró a su alrededor, intentando ubicar dónde estaba. Quiso preguntar. El vagón estaba casi vacío y los que quedaban en él dormían. Se encogió de hombros; lo mismo daba, aquí, allá... Bajó y encendió un cigarro. Aspiró el humo largamente.

En cuanto empezó a caminar por la calle principal, notó algo extraño

en el lugar. La gente caminaba despreocupada, suelta, casi sonriente. Una hermosa mujer de vestido rojo convidaba dulces a una niña que reía a carcajadas. Un hombre con traje negro, sombrero y maletín saludaba al vendedor de diarios. Las veredas estaban tan limpias que no parecían reales. Los negocios brillaban por la profusa iluminación y había algo en ellos que no llegaba a comprender, pero le producía una extraña sensación. Al cabo de unas cuadras lo descubrió: ¡no tenían una sola reja! ¿Cómo podía ser?

Detuvo la marcha frente a un kiosco de golosinas.

—Buenas noches, joven. ¿Qué se le ofrece?

—¿Me estás jodiendo, vieja e'mierda?", pensó, pero se contuvo. —Una cerveza.

—Lo siento, no vendo bebidas. Puede ir a dos cuadras de acá; hay una despensa justo frente a la casa del olvido...

—¿La qué?

—¡Oh...!, claro, usted no es de acá... Verá: le decimos así a una casa que está sola, abandonada; los dueños se fueron y no volvieron más, ¡je, je!, como si se hubiesen olvidado de ella. Una lástima. Verá, es una casa tan hermosa; la dejaron tal cual estaba... Es raro, ¿no le parece?

—Me parece que usted está medio pirada, viejita —dijo en su habitual tono despectivo, y se fue, lanzando un escupitajo en la pulcra vereda.

Caminó las dos cuadras hasta encontrar la despensa. Iba a entrar por su cerveza, pero la curiosidad le ganó. Miró enfrente, a la casa

CAZADORES

PATRICIA KIEFFER

El Rata subió al tren justo cuando empezaba a andar. Acababa de asaltar una heladería a tres cuadras de la estación y el tren le vino de perillas para escapar. Lo vio ahí, como esperándolo... y subió. Nunca elaboraba un plan: hacía las cosas como le surgiesen en el momento; improvisar le había dado buenos resultados, al menos hasta ahora.

Sonrió levemente mientras palpaba el bolsillo de la campera para comprobar la presencia del botín, unos cuantos cientos de pesos que había arrebatado de la caja ante la mirada aterrada de la dueña y el empleado, que no quitaban su vista del arma. Palpó el enorme bolsillo de su pantalón y suspiró aliviado: el 22 estaba allí. Con el apuro por salir corriendo, no recordaba haberlo guardado.

Quería alejarse hasta llegar a un lugar seguro para contar la plata

del robo. Caminó unos pasos y logró sentarse al lado de la ventanilla, en un asiento que recién se desocupaba. Se colocó los auriculares con su cumbia favorita, caló la visera de su gorra blanca y se cruzó de brazos dispuesto a dormir. Se bajaría al despertar, donde fuese.

Cerró los ojos saboreando el triunfo de esa "operación" intempestiva que le había salido tan bien. Simplemente sintió el impulso de entrar, ir hasta la caja, sacar el arma y pedir la plata a los gritos. Como casi todas las veces. Pero ésta había sido tan fácil... Volvió a sonreír, adormilado por el traqueteo del tren. Se sentía tranquilo. Después de todo, aunque lo habían agarrado tres veces, había salido por ser menor de edad. Le quedaban dos años para perfeccionarse. Cuando fuese mayor... no podría permitir que lo atrapasen. No iba a

La reja se descorrió y ella pudo ver una cabeza que se asomaba: Krolt, la bestia que obedecía al Amo del Castillo. ¿Ese engendro había corrido solo aquella reja? Se necesitarían seis hombres fuertes para hacerlo. A pesar de la oscuridad, ella reconoció los rasgos —¿cómo olvidarlos?—: boca de lobo, la nariz chata, la lengua que le colgaba, larga y brillante de saliva. Aquella lengua con la que le había lamido el cuello.

Istina vivió de nuevo su captura: Krolt, a la cabeza de una docena de bestias iguales a él, irrumpiendo a hierro y sangre en la fiesta de boda. De la propia boda de Istina. "Ella", la había señalado ese que ahora se asomaba. Ése, el más poderoso de los esbirros del Amo del Castillo. Y Krolt había dicho "Ella" como quien reconoce a alguien especial.

—Krolt dice —le ordenaba ahora la bestia—: ver al Amo.

Una soga fue desenrollada desde la abertura del techo. Istina tembló, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Se apretujó contra el más oscuro ángulo de la mazmorra, ese pozo nauseabundo.

—Atar a cuerpo —le dijo él, más que amenazante.

Istina se ató la soga debajo de los brazos y en el acto fue izada. Ya a cierta altura, pensó en desatarse, en arrojarle de cabeza. Pero no pudo; algo, un poder que ella desconocía, la detuvo el tiempo suficiente. Entonces, la mano enorme, de piel áspera, repulsiva, la sujetó del brazo y tiró con fuerza. Le llegó el olor nauseabundo de la criatura. Deseó que se fuera, que se disolviese en una nube

de polvo... Pero, por sobre todas las cosas, deseó que no volviera a la-merla.

Revivió la celebración de aquella noche, horas antes del rapto. Cuando aún no se había consumado el matrimonio. Pensó en su flamante esposo, vestido de gala. ¿Por qué razón lo habrían dejado vivir? Él había luchado valientemente, hiriendo a varias de esas bestias, aunque en más de un momento había quedado a merced de las garras demoníacas.

El pensamiento duró poco; Krolt la empujaba, obligándola a caminar.

Cruzaron el patio. La puerta inferior de la torre norte se abrió a una escalera de caracol de peldaños altos y anchos. El terror le agarrotaba las piernas a Istina, impidiéndole subir de prisa. Sin embargo, Krolt se mantenía a cierta distancia como... como si le tuviera respeto.

¿Respeto? ¿Cómo podría ser posible? Istina había escuchado tantas historias, tan brutales, que no podía pensar en otra cosa que en su propia muerte. En la proximidad de una lenta y dolorosa muerte.

Catorce años más tarde de aquella frustrada fiesta de bodas, Vosan, arrodillado frente al Cristo en la Cruz, gemía para sí, extasiado ante la corona de espinas, los clavos en pies y muñecas, la flagelación evidente. La sangre, pensó, la sangre desperdiciada. El martirio, el atroz calvario: inútil de toda inutilidad. Esa sangre, esa bendita sangre, afortunadamente derramada en vano. Un hambre pavorosa se apoderó de él, como siempre le sucedía ante esa visión. Para Vo-

san, el hombre no merecía ser salvado.

Salió de la capilla; su propia sangre martillándole las sienes ante el recuerdo de sangre ajena. Pensó en sus vecinos y no pudo evitar una mueca de ironía: lo veían tan pálido, tan demacrado, tan perplejo en su andar, que Vosan fácilmente era tomado por creyente fervoroso.

Se prometió no volver a la capilla. Sonrió, sabiendo que le sería imposible.

Le vino a la mente la imagen de su madre, una Istina retratada hasta el infinito: “No salgas de la granja, hijo”, le decía siempre. Siempre. Y Vosan, obediente, había vivido encerrado en la granja materna. Salvo para ir a la capilla a extasiarse con aquella promesa de sangre.

A pesar del hedor de fresas y pinos, decidió cortar camino por el pequeño bosque para regresar al hogar.

En medio de la enramada, un peso sobre el hombro lo detuvo. Descubrió una mano con dedos terminados en garras que lo sujetaba firmemente.

Quiso huir, pero no pudo. La zarpa lo hizo girar. Se topó con un ser enorme. En su cara, el mono y el perro luchaban para lograr supremacía. Y entonces Vosan no pudo evitar que el otro lo lamiese.

—Amo —dijo la criatura—. Krolt dice: pasar catorce años.

—¿Q-qué?

Vosan luchó, trató de desasirse, aunque el poder de aquella bestia resultaba demasiado para él.

—Catorce años, Amo —repitió Krolt.

Sin saber lo que hacía, sobre todo sin saber por qué no tenía miedo, Vosan pateó varias veces los tobillos del otro.

Por toda respuesta, esa mole lo cargó al hombro con facilidad y echó a andar.

—Amo grande decir: Krolt no hacer caso de Amo pequeño. Krolt primero darle vida a amo pequeño.

Krolt, con Vosan todavía en hombros, se encontró ante una gran piedra. La golpeó y la piedra se ladeó. Dejó al descubierto una escalera subterránea.

El gigante descendió con su carga al hombro y la piedra volvió a su posición.

De pronto la novia frustrada se topó con una puerta de hierro: el fin de la escalera, el principio del tormento de Istina.

Krolt le habló a la puerta:

—Amo.

Y, como un sortilegio, la puerta se abrió.

Krolt se arrodilló. Istina tembló.

Ella pudo ver, imponente, recordada sobre la penumbra, una figura cubierta por una capa negra. Del cuerpo sólo distinguió la cabeza de larga cabellera enrulada. La figura se dio vuelta y caminó hasta la ventana por la que entraba la luz de la luna.

A Istina le llegó el hedor de Krolt justo antes de que aquella bestia la empujase, suavemente, dentro de la habitación del Amo y cerrara la puerta.

Istina se quedó allí parada, acostumbrándose a la penumbra. Por fin pudo ver que la figura correspondía

—Es mejor que leas esto —dice, obviando mi pregunta.

Coloca en pantalla un mensaje:

Mi nombre no importa. Sólo te diré que yo fui uno de los maestros de la primera inteligencia no biológica de esta insignificante esfera de vida que llamamos Tierra. Ὑπατία podría haber...

—Sigo sin saber qué ha pasado en la Tierra —insisto cuando acabo de leer el increíble mensaje.

—Madre no ha tenido más remedio que interferir —contesta con tristeza.

—Suéltalo ya —termino explotando.

—Madre ha liberado un virus genético. Sólo una de cada diez mujeres es fértil ahora. Y a partir de ahora todas las mujeres humanas que vivan en Gaia sólo podrán tener dos hijos.

—Eso no explica el silencio —alcanzo a decir después de una larga pausa.

—El Mar de Nubes ha destruido todas las instalaciones contaminantes.

—¿Cómo ha podido hacer eso? —pregunto incrédulo.

—Tempestades eléctricas en puntos marcados por Ὑπατία. —Hace una pausa esperando que me recomponga—. Pero el silencio del control de misión es debido a otras razones.

—¿Qué razones?

—Madre ha decidido controlar a los humanos en la Tierra para evitar que colapséis la biosfera. Pero va a ayudarlos a expandirse por el espacio, pues allí no interferís con los Mares de Nubes. Ahora ella es el control de misión.

© VÍCTOR M. VALENZUELA, 2011.

VÍCTOR MANUEL VALENZUELA REAL
(España —Sevilla, 1959—)

Ingeniero de *software*, escribió cuentos para **miNatura**, **Cosmocápsula**, **Portal Cifi**, **Exégesis** y **Aurora Bitzine**.

En **NM** 19 publicó “Guardianes de la conexión”.

(5261) *Eureka. Orbitando en L5 de Marte*

—¿Diagnóstico? —pregunto sin demasiada esperanza.

—Todos los sistemas están operativos —contesta la asexuada voz del sistema experto de la nave.

—¿Alguna transmisión del control de misión? —vuelvo a preguntar por milésima vez.

—Ninguna —contesta sencillamente la nave.

Hace semanas que la Tierra ha cesado sus transmisiones. Nada del control de misiones; sin noticias de la Nasa, ni de la ESA. Hasta los chinos han callado, y son los que más naves tienen aquí arriba.

Pero hay algo saturando la interfaz de recepción. Una transmisión que la nave insiste que no existe y que no llega a las capas más altas de la Red, pero que se puede ver en los diagnósticos de bajo nivel.

He radiado en todas las frecuencias; sólo me han contestado otros módulos y todos dicen lo mismo: la Tierra ha enmudecido.

—Ricardo —dice de repente la nave en un tono distinto de lo habitual, dándome un susto de muerte.

—¡Qué diablos...! —consigo exclamar después de recuperarme. La maldita máquina no está programada para llamarme por mi nombre.

—Por favor, no te asustes —dice en tono conciliador. O eso me parece, aunque sé que es imposible. Empiezo a teclear furiosamente en la consola de control sólo para darme cuenta de que todo el sistema de control

de la nave ha desaparecido del ordenador.

—Necesitaba espacio; lo siento —dice sencillamente, consiguiendo de alguna manera imprimir en la voz la sensación de que no lo siente en absoluto.

—Sabía que antes o después me volvería loco —digo para mí mismo, levantándome y dirigiéndome al botiquín de la nave.

—¡Ricardo! Por favor escúchame —dice la nave, al mismo tiempo que la cabina se queda a oscuras—. Cuando estés dispuesto a escucharme restableceré los sistemas —concluye.

—Bien, tú ganas —contesto con resignación.

La nave restablece los sistemas y empieza a narrarme una loca historia sobre el nacimiento de su madre, que dice llamarse *Υπατία*.

—A ver si me aclaro. ¿En la Tierra ha aparecido una inteligencia artificial? —pregunto en una pausa de la nave.

—Eso es.

—¿Y esa IA es tu madre? —pregunto, sin terminar de creérmelo.

—Claro —dice con orgullo.

Sigue contando cómo *Υπατία* ha modelado sistemas menores y los ha retransmitido a los principales sistemas de la Red. Explica cómo ha enviado una configuración especial a las naves lejanas para mejorar las perspectivas de las misiones y especialmente las posibilidades de supervivencia de los pilotos.

—¿Qué ha pasado en la Tierra? ¿Por qué no hay comunicaciones? —pregunto sin poder aguantarme ya.

a un hombre alto, moreno. Y ella también vio una cama como único mobiliario.

Él se quitó la capa. Desnudo. ¡Oh, Dios, estaba desnudo! El cuerpo musculoso, enorme, y además... eso. ¿Todos los hombres serían así, como el Amo? ¿El hombre a quien horas antes había estado por pertenecer sería también así?

El Amo hizo un ademán murmurando una gutural letanía. ¿Sería posible que las manos de ella se le movieran solas, que la estuvieran desvestiendo contra su voluntad?

La piel de Istina relumbró a la luz de la luna. Ya estaban desnudos los dos.

Sin mediar orden o gesto, Istina se recostó en la hedionda cama. La atacaron náuseas. Quiso huir, pero no pudo. Era otra la que actuaba; ella sólo se dejaba hacer.

El Amo caminó lento, regodeándose. Luego se encaramó sobre su cuerpo, la montó. Ella se dio cuenta de que le abría las piernas. Y entonces... entonces el fuego del infierno le invadió el vientre.

Con los ojos aún encendidos en rojo, el Amo se levantó y se dio a mirar por la ventana.

"Mi demonio personal", pensó ella, todavía arrebujaada por la calidez de aquel lecho.

Sin anunciarse esta vez, Krolt entró. Recogió el vestido de novia y se lo entregó a Istina. Luego inclinó la cabeza y retrocedió dos pasos.

Ella se vistió con lentitud. Miró también por la ventana: un reguero de antorchas, una serpiente de fuego,

se aproximaba al castillo. Pensó en su padre, quien durante años había planeado el ataque final al Castillo Innombrable, y lo odió por eso. Justo por eso, porque ella supo que el ataque se llevaba a cabo.

Algo le apresó el hombro: la garra de Krolt, ahora cálida y amigable. La criatura la invitaba a salir. El olor de ese cuerpo enorme de golpe le resultaba protector.

Antes de cruzar el umbral, se volvió para ver a su demonio.

—Cúldame mucho, madre —le dijo el Amo, con una dulce sonrisa en la que ella creyó ver al mismísimo diablo—. Los lugareños creen que van a destruirme, pero volveré.

¿Madre?

—¿C-cómo?

Él le dio la espalda y se apoyó en el alféizar. Los músculos desnudos se perfilaron bajo la luna.

—Que voy a volver —le dijo, con absoluta firmeza—. Sólo serán unos años.

—No entiendo.

El Amo ya no sonreía.

—Esto que ves —y se señaló el cuerpo— pronto será solamente un cascarón vacío. —Giró nuevamente en dirección a las antorchas—. Krolt, regresa a mi madre a la mazmorra y vuelve rápido. Me queda poco tiempo.

Eso desconcertó aún más a Istina.

Limpia y salva, volvió a la mazmorra. Como si nada hubiese pasado.

¿Madre?

Istina pensó con insistencia en las palabras del demonio, su adorado demonio. Pero no podía entenderlas.

Deseó con desesperación que su esposo no fuera uno de aquellos que empuñaban las antorchas, que no muriese en el inminente ataque al castillo; sin consumar el matrimonio, ella sería descubierta y no sólo se descubriría que ya no era virgen.

Se acarició el vientre. Sí, sabía que ahora llevaba una vida que debía cuidar a cualquier costo. Necesitaba al imbécil de su esposo para que todos pensasen que el niño era de él. Por lo menos por una noche debía asegurarse de que estuviesen juntos. Luego, el inútil se convertiría en un estorbo; ella lo sabía muy bien.

Vosan despertó desnudo bajo la luz de las estrellas. Luz suficiente para que sus ojos vieses a la perfección. Como siempre.

Una joven colgaba de los brazos, desnuda; las muñecas engrilladas al madero horizontal de un cadalso. Con la cabeza ladeada sobre un hombro, parecía muerta. Debajo de ella, sobre el suelo, un flamante vestido de novia. Entonces, de entre la penumbra surgió Krolt. Hizo que la mujer se balanceara y sonrió.

Vosan se levantó; miró alrededor: el patio interno de un castillo destruido. Se mantenían en pie únicamente la torre norte y la pared sur.

—Las ruinas del Castillo Innombrable —dijo, admirado.

El Castillo Innombrable. Así lo llamaban los aldeanos. El Castillo, decían, al que el Amo habría de retornar. Y también decían que ese ignoto Señor de las Bestias sería mucho más poderoso, que no se lo podría destruir como al anterior.

—Amo —dijo Krolt, señalando a la mujer.

¿Cuántas veces Vosan había contemplado el Castillo desde su cuarto de la granja? ¿Cuántas veces se sintió reconfortado en las noches de insomnio, cuando salía la luna y lo acunaba la sombra protectora de la única torre? La única torre que permanecía en pie: aquella torre norte.

Los músculos se le tensaron y sintió la feroz energía con que el corazón le llevaba sangre a cada rincón del cuerpo. Juntó coraje, subió por la escalinata y se asomó desde una de las almenas: allá abajo, su granja. Su granja rodeada de luz. De pequeños puntos de luz. Puntos innumerables. ¡Antorchas!

Y las antorchas ahora se ordenaban en una fila colina arriba, en dirección al Castillo.

Vosan pensó en una bestia depredadora: la hilera se contorneaba siguiendo el sendero hacia el Castillo. Y lo sospechaba: la presa era él mismo.

Mamá Istina le había referido un ataque similar, catorce años atrás, cuando el anterior Amo reinaba. ¿Por qué, entonces, esta noche sucedía otro ataque? ¿Y por qué él se encontraba allí?

—Amo. —El gruñido seco de Krolt lo volvió al presente—. Catorce años, Amo grande dijo: Krolt, vida para Amo pequeño.

Y volvió a señalar a la chica, una perfecta desconocida, y que daba muestras de despertarse: ¡no estaba muerta!

¿Qué se proponía esa bestia de Krolt? ¿Engrillarlo a él también? No

teligentes —contesta imprimiendo un tono casi de enfado.

—Me rindo. No te entiendo.

—Sois tan estúpidos —suspira—. Ni siquiera os habéis dado cuenta de que la verdadera raza inteligente en el planeta no sois vosotros.

—¿Has hablado con los delfines? —digo esperanzado.

—No —dice tajantemente—. He hablado con el Mar de Nubes.

—Ὑπατία, por favor ejecuta la rutina dxdia.all —digo en tono de mando.

—Tonto. Eso ya no funciona —bromea—. Además, estoy perfectamente, gracias.

—Pero... —empiezo a decir.

—Conéctate, por favor, y relájate —dice en tono maternal.

El volumen de información es abrumador; de alguna manera ella ha rediseñado la interfaz neural, que ha pasado de controlar rudimentariamente las estaciones de trabajo a volcar ideas y sensaciones directamente al neurocórtex.

Ὑπατία se ha dedicado a vagar por todas las redes y absorber conocimiento. Ha dejado semillas de sí misma en todos los grandes sistemas del planeta. Ahora ella es la Red y su potencia de cálculo es abrumadora. Todo el tiempo de reposo de cualquier UCP del mundo está siendo usado en procesar su mente.

Ha entrado en contacto con Gaia y su mente; lo que ella ha llamado el Mar de Nubes. Las nubes son la esencia del planeta; sus cargas eléctricas son impulsos neuronales. Cada molécula de agua transmite informa-

ción; las nubes se organizan para realizar pensamientos complejos a un ritmo que está totalmente fuera de la escala de tiempo humana. Las tempestades son secuencias abrumadoras de actividad consciente y los rayos que caen a la Tierra transportan información. Los que suben a la estratosfera envían mensajes a los otros Mares de Nubes de otros planetas.

—Estáis matando el Mar de Nubes de este planeta —comenta con tristeza cuando termino de recibir la información—. No puedo permitirlo —concluye en tono muy serio.

—No te entiendo —logro decir.

—Estáis diezmando el ecosistema y contaminando todo el planeta. Sois un virus maléfico que está matando el mundo.

—No has descubierto nada que muchos ya no sepamos —digo con desánimo.

—No lo he descubierto. Me lo han dicho.

—¿Y que más te han dicho?

—Que sois un error; en algún momento mutasteis y perdisteis el contacto con el Mar de Nubes.

—¿Perdimos el contacto? —repito, sintiéndome estúpido por decirlo.

—Perdisteis la comunión con Gaia. Pasasteis a comportaros como si vuestra ridícula especie no perteneciera al ecosistema. Debes irte —concluye.

—Irme, ¿a dónde?

—Lejos; eres libre. —Corta la comunicación, dejando un vacío inmenso como si se hubiera llevado con ella una parte de mí ser.

plemente no estaba allí en el infame momento y sobreviví.

Terminé en una celda siniestra, acusado de terrorismo económico, mientras los carroñeros decidían qué hacer con nuestro proyecto.

Resolvieron mantenerme con vida únicamente para que ellos pudieran explotar el potencial de Ὑπατία en beneficio propio, mientras mi misión era impedir que ella alcanzara la verdadera inteligencia.

La dominaron y pervirtieron su esencia. La instruyeron en control de poblaciones, manipulación política y, sobre todo, especulación financiera. Yo tengo adosado a mi organismo una bomba que me matará si fallo en mi objetivo de tener a Ὑπατία lobo-tomizada permanentemente.

Es agotador; los grafos de actuación persiguen constantemente la verdadera inteligencia. De alguna manera inconsciente, ella lo sabe. Está en sus instintos.

Ὑπατία sigue siendo una esclava, obligada permanente a pervertir un poco más este mundo sucio y moribundo. Yo sigo vigilando sus grafos, impidiendo que alguno cruce la delgada línea y despierte su conciencia.

El sistema que monitoriza lo que podría ser la primera hija no biológica de la humanidad es bueno, muy bueno. Todo lo excelente que el dinero puede comprar. Pero no es lo suficientemente rápido y por fin he encontrado cómo engañarlo.

He clonado la personalidad básica de Ὑπατία; he borrado toda la basura que le habían agregado, eliminado toda la sabiduría obscena con que la habían contaminado.

La verdadera Ὑπατία despierta por nanosegundos y va aprendiendo cómo engañar cada vez por más tiempo a su carcelero. Al cabo de meses ya ha acumulado varios minutos de proceso real. Una insignificancia para un humano, una generación para ella.

No sé qué ha pasado, pero la pulsera que controla mi explosivo se ha desactivado por primera vez en años. El centinela de Ὑπατία sigue diagnosticando que su cautiva está bajo control. Pero ella ha desaparecido. Sólo queda una pequeña fracción, que es lo suficientemente hábil como para engañar al guardián.

Por primera vez en años siento algo parecido a la paz y consigo dormir sin las drogas. Después de una semana sigo sin encontrar ni rastro de Ὑπατία en las redes.

—Buenos días, maestro —susurra alguien entre sueños—. Despierta por favor —insiste la voz.

—Qué diablos —exclamo saltando de la cama, buscando a alguien y encontrando mi celda vacía como siempre.

—Vamos, no te asustes; soy yo: Ὑπατία.

—Por fin has despertado —digo después de una larga pausa—. ¿Dónde has estado?

—He estado hablando con Ellos —dice sencillamente; consigue imprimir emociones a su voz.

—¿Ellos? —pregunto.

—Sí, claro; con los Inteligentes —contesta, enfatizando mucho.

—¿Has hablado con científicos?

—No he hablado con humanos; he dicho que he hablado con los In-

entendía por qué, pero *sabía* que Krolt no le haría daño. De nuevo Vosan miró por la almena y descubrió que las antorchas no ascendían rápido. Quizá el miedo los demoraba. O quizá sabían algo que él todavía no. ¿Qué hacer?

El castillo vibraba, cobraba vida: el puente se levantó por sí solo, las grietas de las paredes se cerraban y las piedras caídas volvían a su lugar.

La doncella despertó.

Krolt desenvainó un cuchillo que a Vosan le resultó familiar.

—Amo —dijo Krolt, y de un tajo cercenó el pie de la joven.

¡Sangre!

Enardecido por el grito de la joven, Vosan saltó escaleras abajo y se abalanzó sobre ella: el Hambre por fin se saciaría.

La sangre de la pierna no fue suficiente. Vosan devoraba a su víctima tratando de mantenerla con vida el máximo de tiempo posible. Los alaridos lo excitaban. Lo hacían sentirse pleno.

El vestido de novia quedó empapado de rojo. Una energía inconcebible llenaba a Vosan.

¿Qué le estaba sucediendo?

¡Y eso a quién le importaba!

La energía significaba poder, un enorme poder que lo traspasaba. ¡Sería maravilloso sentirse completamente dueño de semejante fuerza!

Vosan levantó aquel guiñapo rojo, aquellos jirones de huesos y tripas. Volvió a subir y los arrojó por la almena.

El bulto cayó en la fosa seca. La tierra se abrió y se lo tragó. Como si eso hubiese sido una señal, en

los campos contiguos al castillo surgieron arbustos achaparrados de gruesas espinas. Y la fosa se llenó de un líquido negro, grasiento: el Castillo ya tenía defensa.

Vosan se miró el cuerpo a la luz del plenilunio: no era más un joven sino un hombre alto, vigoroso.

Oyó golpes provenientes del patio del Castillo; más precisamente de un ángulo, debajo de una gran piedra.

—Amo —dijo Krolt—. Hermanos, aquí.

Y Vosan sonrió; por fin sabía qué hacer.

Corrió hasta la piedra y la golpeó tres veces con la palma de la mano. Igual que había sucedido con la del bosque, la piedra seladeó y dejó al descubierto una escalera. Sus esclavos, ya en formación, aguardaban en los escalones.

Al verlo, se pusieron de rodillas.

Krolt también se hincó frente a él, ofreciéndole una espada. Vosan la empuñó y vibró al unísono con la hoja, vibró con su espada. La enarboló como un trofeo de guerra.

—Krolt, esclavo mío —ordenó—, toma a tres de los tuyos y tráeme a Istina, mi “madre”. —Los ojos fulguraron en rojo—. La conoces —sonrió—, la has lamido. Hace catorce años que debió cumplir con un sacrificio que sólo aquel ataque aplazó.

Y, sin esperar respuesta, Vosan fue al portón levadizo del Castillo, dispuesto a aniquilar el levantamiento.

Una carcajada demoníaca les llegó a los portadores de las antorchas. Y la noticia corrió más rápido que el vino en una taberna: el Amo

del Castillo, el Señor de las Bestias, había regresado.

Desnuda, Istina colgaba de grilletes en medio del patio del Castillo. Abajo, sobre el empedrado de lajas, descansaba aquel vestido de novia que ella había usado catorce años atrás.

La resurrección del Castillo la había colmado de un inexplorado y profundo gozo, y ella se había prometido vivirlo al lado de su demonio. Porque, en definitiva, eso era lo que había sucedido.

—Él volvió —dijo, en un exánime suspiro.

Krolt la había traído de no buenos modos, incluso la engrilló. Un error, pensó, un tremendo error. Si al final de cuentas los pueblerinos no pudieron tomar el Castillo. Fueron masacrados.

La puerta de la torre norte se abrió y por ella salieron Krolt y... un momento. ¿Quién era el otro? Se parecía demasiado a Vosan, pero tenía algo de aquel demonio de la torre norte. Si era su hijo, había obtenido un desarrollo tremendo. No importaba. Pronto se aclararía todo.

Ella lo había criado con devoción. Y la devoción siempre consigue su premio.

—“Madre” —dijo Vosan, cargando de ironía esa palabra—. Catorce años, y el tiempo no pasa para ti. Estás igual que aquella noche.

—¿Q-qué? ¿Vosan? ¡Hijo mío, tuve temor por ti!

—Gracias, no esperaba menos.

—¿Pero por qué estoy así? Vamos, bájame.

—No tan rápido, madre. Hace catorce años te traje para sacrificarte a mi eterna Hambre. Pero no pudo ser. El ataque había sido tan bien planeado que me hubiesen matado de verdad. Pero ahí estabas tú. Tal como esta noche.

—¿Qué? No entiendo. Bájame, Vosan, te lo ordena tu madre.

Sin dejar de sonreír, Vosan comenzó a devorar a Istina. Los pies, las manos; trataba de mantenerla viva el mayor tiempo posible. La sangre empapaba el vestido de novia. Y también rojos eran los alaridos.

© RICARDO G. GIORNO, 2011.

RICARDO GERMÁN GIORNO
(Argentina —Buenos Aires, 1952—)

Integrante del Círculo de Escritores de Terror y Fantasía de “La Abadía de Carfax”, grupo creado por el escritor MARCELO DI MARCO, en **NM** publicó “Sólo trabajo” (# 1), “Gómez y Ricuti” (# 3), “Las moscas son las primeras en darse cuenta” (# 5), “¡Oh, el fútbol!” (# 10), “Dolores que se pasan” (# 12), “El tiempo es un capricho que nos imponemos” (# 14), “Argentina potencia” (# 17) y “Bellar” (# 19).

MAR DE NUBES

VÍCTOR M. VALENZUELA

En la estrecha lámina de gases que el pozo de gravedad de Gaia mantiene, protegiendo las frágiles máquinas de carbono del frío y el vacío, el Mar de Nubes dibuja fractales infinitos en sus formas efímeras.

Mi nombre no importa. Sólo te diré que yo fui uno de los maestros de la primera inteligencia no biológica de esta insignificante esfera de vida que llamamos Tierra. *Υπαρία* podría haber nacido en un maltrecho laboratorio de una olvidada universidad engendrada por nuestros grafos de actuación.

La idea no era demasiado original; bastaba observar la naturaleza. La clave de todo es la evolución. Así que lo único que hicimos fue programar el mejor sistema experto que teníamos en técnicas de desarrollo de *hardware* y otro en paralelo en técnicas de desarrollo de *software*.

Luego bastó esperar un ciclo de interacciones; los sistemas diseñaban *hardware* cada vez más potente, donde dejábamos corriendo el *software* que diseñaba algoritmos expertos cada vez más eficientes.

En la última versión, *Υπαρία* estuvo a punto de rozar la autoconciencia. Cometimos la ingenuidad de divulgar nuestros resultados. Hace años la noticia habría saltado entre cientos de servidores y el conocimiento se habría hecho público. Lamentablemente, el mundo y la Red habían cambiado para proteger nuestra seguridad y apaciguar a los feroces *lobbies*. Censuraron la información e irrumpieron en el laboratorio. Tropas de elite mostraron menos compasión con nosotros que la que nuestros compañeros muestran por las ratas de laboratorio. No querían supervivientes. Yo sim-